

52

ÚLTIMAS
OPERACIONES DE GUERRA

DEL JENERAL

JOSÉ EDUVIGIS DÍAZ

VENCEDOR DE CURUPAITIC

SU HORÓSCOPO

POR

JUAN SILVANO GODOI



1600

BUENOS AIRES

FELIX LAJOUANE—EDITOR

79—PERÚ—85

1897

Las sílabas *je, jí*, el autor escribe siempre con jota. Es-
ceptuarse los nombres propios.

ESPLICACION

Cuando en 1893 dimos á luz las «Monografías Históricas», nos hicimos eco involuntariamente, de la vulgarizada tradicion de que, las frecuentes escursiones del jeneral Díaz en canoa hasta cerca de la escuadra enemiga, respondian al simple propósito de la pesca, lo que desde un principio nos pareció una contradiccion evidente en pugna con la seriedad de sus pensamientos i trabajos anteriores.

A la verdad, ya estábamos en posesion de algunas noticias, un poco vagas, sobre los últimos planes de guerra del vencedor de Curupaitic, aunque por lo incompletas no nos permitieran concretar estos, ni determinar con precision la época. Tampoco nos era posible entonces abrir nuevas investigaciones en el sentido de ampliarlas, recurriendo á los escasos sobrevivientes caracterizados de la gran contienda internacional, pues nos encontrábamos bajo el peso de la proscripcion que nos imposibilitaba regresar al suelo de la patria.

Pero posteriormente nos ha sido dado rectificar, con verdadera satisfaccion de nuestra parte, el error en que habíamos incurrido, mediante documentos i datos auténticos que llegaron á nuestro poder, i que nos habilitan para re-

constituir en sus detalles el póstumo i vasto proycto, fracasado en los momentos mismos que hubo de ponerse en práctica por la inopinada muerte del glorioso caudillo, tal como en el presente volumen presentamos hoi al público.

En el deseo de darle cierta mayor estension, lo hemos revestido del carácter literario que lleva, i que en nada desvirtúa ni compromete la verdad de los hechos, como facilmente podrá notarlo el lector.

Cicerón en su *República* consigna la sugestiva ficcion del *Sueño de Escipion* sin menoscabar en lo mínimo la gravedad histórica.

J. S. G.





A LA JUVENTUD PARAGUAYA

Dos décadas de administración del presidente Carlos A. López dejaron á la república en pleno estado de prosperidad, poderosa, fuerte i rica: con ejército disciplinado, armada nacional, astilleros en actividad, arsenales de guerra, talleres mecánicos, fundiciones de hierro, industrias naturales en explotación, erario repleto de oro, crédito ilimitado, etcétera.

Veinticinco años de vida constitucional han servido apenas, para esterilizar las fuerzas vivas del Paraguay, despilfarrar veinte mil leguas de tierras fiscales i proscribir de la

cosa pública la honradez, la intelijencia y el patriotismo.

¿Quiénes i dónde están los delincuentes, de cuyos nombres debe tomar oportuna nota el pueblo, para fijarlos en la picota á la execración de la historia?

No es nuestra tarea el señalarlos en esta ocasion. No nos hemos propuesto marcar todavía con su correspondiente número de fuego la frente de cada uno de los detentadores concusionarios, que convirtieron en ludibrio los intereses sagrados de la nacion. No acusamos á nadie, ni siquiera á ESE asesor obligado i responsable de aquellas administraciones odiosas!

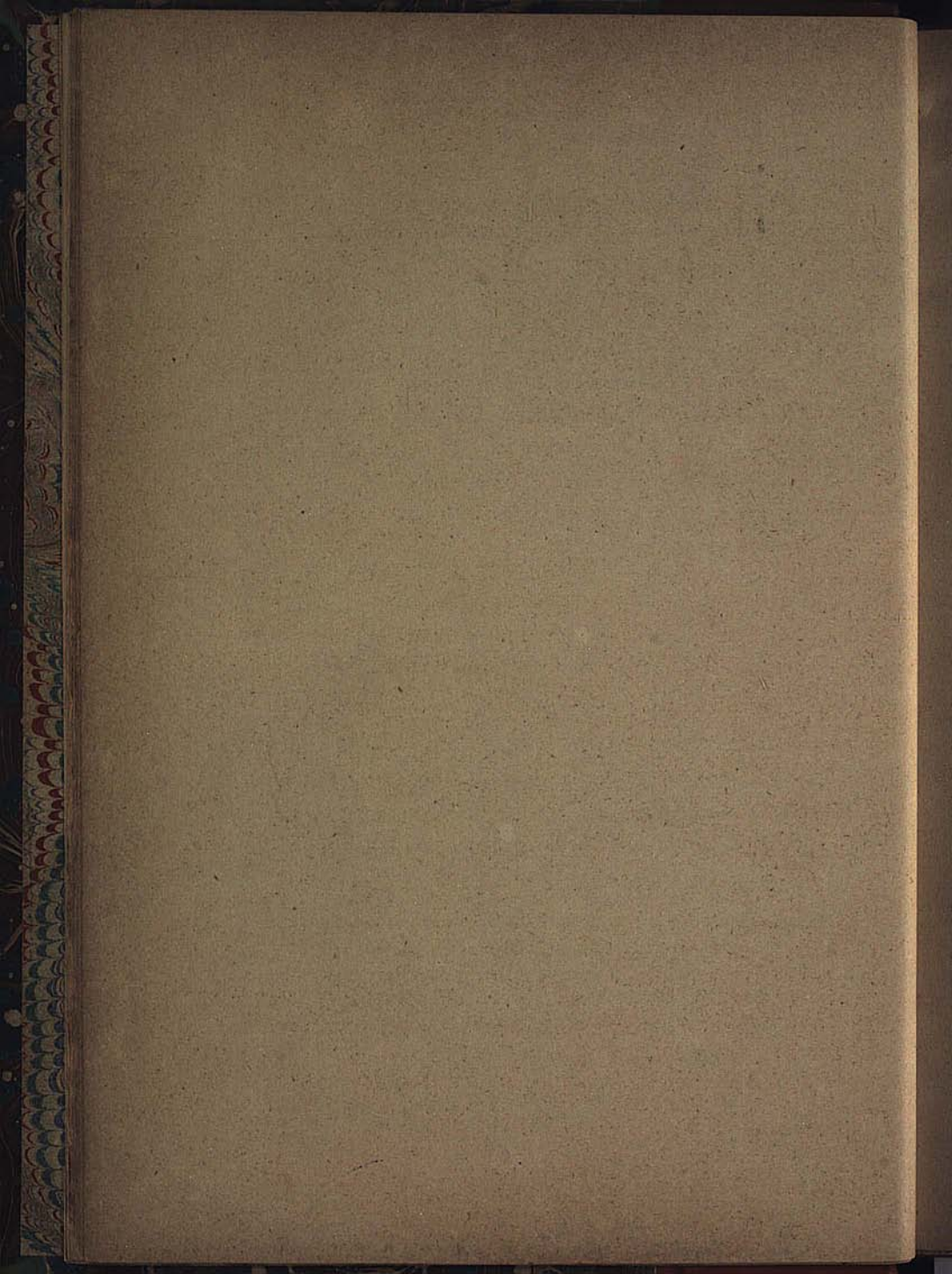
Tampoco hemos evocado el paralelo entre épocas tan opuestas, con la intencion de justificar la tiranía de López 1º—por mui honorable i sabio que reconozcamos su laborioso gobierno—sino con el propósito de hacer un llamado solemne á la juventud del Paraguay, de quien únicamente la patria espera todo.

A esta nueva jeneracion—cuyos honestos i nobles corazones son capaces de escuchar i apasionarse del grito que, ha un cuarto de siglo, se alza de ultratumba de la cripta de los héroes, pidiéndoles busquen un ideal en el mantenimiento immaculado de la estirpe de sus antepasados—dedica cariñosamente estas pájinas

EL AUTOR.

Asuncion, Setiembre 22 de 1896.







ÚLTIMAS OPERACIONES DE GUERRA

DEL

JENERAL JOSÉ EDUVIGIS DÍAZ

VENCEDOR DE CURUPAITIC.

SU HORÓSCOPO (1)

LA marcha de la guerra fratricida continuaba perpetrándose á despecho de los inconvenientes i los múltiples contrastes.

Ciertamente que el entusiasmo de los primeros días, entre los Aliados, se había amortiguado en presencia de la amarga realidad,

(1) Comprobación á la nota 49, pág. 107 de las «Monografías Históricas».

Consignamos integros los dos nombres de pila del héroe de Curupaitic, con motivo de las pretendidas rectificaciones del coronel Centurion, de cuyas pintorescas *Memorias* nos ocuparemos en otra ocasion.

que empezaba á presentar las cosas en su verdadero i duro aspecto, con sus sacrificios cruentos, las separaciones dolorosas i continuas.

El paseo militar de los *tres meses* se convertía en una lucha de esterminio, despiadada é interminable. Los nobles guardias nacionales, como los viejos veteranos i la juventud voluntaria i valerosa, veían desaparecer los hermanos, los queridos deudos i los amigos i compañeros de infancia en cada uno de los combates, emboscadas i sorpresas del enemigo, á cuales más sangrientos; amenazando acabar con todos esa devastacion anónima, insaciable i voraz.

Los peligros i los sufrimientos lejos de disminuir, aumentaban por momentos, con epidemias i todo jénero de privaciones, sobre aquellos pestilentes esteros i pantanos inhospitalarios, llevando la duda, acaso el pesar, á los espíritus mejor templados i el desfallecimiento á los corazones esforzados, poco ha llenos de confianza.

A la impaciencia i la temeridad sucedieron la prudencia i la calma; á la animosa es-

peranza la nostalgia del lejano hogar, los cariños de la familia ausente i los atractivos de sus grandes capitales.

Así las cosas, los ejércitos de la alianza resolvieron entregarse á prolongado reposo dentro de sus atrincheramientos de Tuyutic.

Se sucedían los días i los meses en el silencio del más absoluto retraimiento.

No parecía sino que hubieran renunciado á la iniciativa de toda operacion guerrera, para entregarse descuidados á las molicies de un armisticio indefinido.

El mariscal López, impaciente i hostigado por presentimientos, estaba vivamente preocupado con la preparacion de un golpe decisivo, que poniendo sangriento término á tan injustificable inaccion, les obligara á volver á la vida activa de los combates.

A este objeto ha celebrado conferencias con el general Díaz, transmitiéndole su pensamiento.

*
**

En la noche del viernes 25 de enero de 1867 el presidente paraguayo se hallaba en su comedor del cuartel jeneral de Paso-Pucú, departiendo en actitud tranquila, con varios oficiales superiores íntimos que le acompañaban.

La sobremesa se había prolongado ese día más de lo ordinario, según solía acontecer las veces que alguna perspectiva halagüena, aunque engañadora i fujitiva, ajitaba su febriciente imaginación.

Acababa de esponerles con vehemente i convencido acento, lo que había sido en todos los tiempos, desde remotísimas edades, el sublime sentimiento de la patria.

«Este noble i grande instinto, factor supremo de la epopeya i el heroísmo, del sacrificio abnegado i la alta gloria—cuando iba vinculado á la austeridad i la virtud—hacia incontrastables á los estados, al ciudadano i al soldado en el sostenimiento i defensa de sus sagrados derechos.»

Prosiguiendo en este orden de ideas refirió interesantes pasajes antiguos i modernos, i demostró con superabundancia de ejemplos

i citas históricas que, en una lucha entre dos razas ó naciones viriles en igualdad de circunstancias i elementos defensivos—alentadas por idéntica fé i patriotismo—vencerá siempre aquella, que llegare á unir á la disciplina militar mayor severidad de réjimen i costumbres.

Los árabes habían conseguido dominar á la España, pueblo caballeresco i conquistador, porque la prosperidad, la abundancia, los ocios de la paz i el *comfort* de populosas ciudades enervaron i amortiguaron la pujanza de su brío; mientras los hijos del Islam seguían viviendo bajo tiendas de campaña, á la intemperie, sobre la arena abrasadora de los desiertos, connaturalizados en sus correrías sin término con las penurias i las fatigas.

Pero más tarde—ya victoriosos i sin enemigos al frente, halagados por un clima templado i benigno, se dejaron contaminar por hábitos fáciles i muelles, entregados á los placeres sensuales que proporciona el sibarismo de las riquezas—fueron á su vez despedazados i arrojados de la península por los descendientes de aquel puñado de vencidos.

salvados i redimidos por Pelayo entre los agrestes riscos astures, donde habían vuelto á recuperar en la desgracia la frugal actividad de su vida primitiva.

I de la misma manera que la monarquía godo-hispana, dos siglos i medio antes la poderosa señora del mundo, patria de Sila i Ciceron, corroída por el vicio i la disolucion, se había estremecido i derrumbado ante el vigoroso empuje de las indómitas tribus de las estepas. Las inmensas victorias de Estilicon i Aecio contra las huestes Visigodas i Hunas en las llanuras del Adijio i de Chalons, no consiguieron sino retardar el luctuoso ocaso de la moribunda civilizacion romana.

.....

*
* *

Hacia las diez *post-meridium* se sintieron ruidos de sable i el rodar de espolines so-

bre el pavimento de la habitacion inmediata, i el jeneral José E. Díaz penetró altivo i erguido en el comedor; saludó con ceremoniosa etiqueta, con el kepí en la mano derecha — como era de estricta consigna — pasando á ocupar un asiento que López le señaló con amabilidad, sin interrumpir su conferencia.

Refería en ese momento un episodio de subida novedad.

El hijo de Paulo Emilio, con ochenta mil lejonarios i numerosa flota, ha establecido riguroso sitio á Cartago durante la tercera guerra púnica.

Con el fin de aislar del continente á la ciudad, manda cortar el itsmo que unía la pequeña península donde estaba aquella edificada, por medio de un profundo foso i un muro de doce pies de altura.

Hace levantar después un dique de treinta yardas de ancho en la base i ocho en el vértice, que, arrancando de la estremidad del cabo del mismo nombre, encerraba sólidamente todò su puerto exterior, para entregarla á los horrores de la desesperacion i del hambre.

Pero los cartajineses que, poseídos de santa indignacion, desde la censurable conducta de los cónsules Manilio i Censorino habian desplegado inusitada enerjía, abrieron en la roca viva nueva salida á alta mar i, lanzando otra flota construida con los despojos dorados de sus palacios, estuvieron á punto de sorprender i destruir las galeras romanas en sangriento i reñido combate.

Iban á cumplirse próximamente tres años de sitio, i la rendicion de Cartago se retardaba ante imprevistas é interminables dificultades, poco menos que invencibles, surjidas i renovadas de día en día.

Cierta noche Escipion, acosado por punzantes preocupaciones, velaba en medio del silencio de muerte que envolvía á su campamento, bajo ese mismo cielo boreal de la misteriosa Africa, donde mil novecientos cuarenta i cinco años más tarde —durante otra noche de insomnio— debía soñar Bonaparte la creacion del último Imperio de Occidente.

Su calenturiento cerebro, dominado por la vijilia, se entretenía en evocar los acontecimientos del futuro, vagando maquinalmente

su mirada por la entreabierta puerta de su tienda sobre los desiertos i tristes valles vecinos, iluminados por los postreros rayos de una luna pálida.

De súbito vé destacarse del lejano horizonte el espectro del gran *Africano* que, aereo i lijero, avanzaba hacia él. A dos pasos del lecho en que está acostado se detiene i le contempla fijamente.

Acometido de supersticioso terror, con el espíritu angustiado i los miembros temblorosos, no acertaba volver de su estupor; pero el fantasma le tranquiliza dirigiéndole la palabra:

«Los dioses me han permitido, ¡oh Emilio! le dice, venir á anunciarte tu próxima victoria sobre la capital soberbia, asombro de la historia, i á recordarte cuán efímeros son los éxitos humanos i deleznable i pasajeros sus triunfos. Cuán inconstante la fortuna, frágil la gratitud, ineficaces los más relevantes servicios i acciones entre los hombres.

Hace 65 años, joven entonces como tú, henchido el pecho de esperanzas i halagado

el espíritu de jenerosos ideales, me encontré en Zama, á cien estadios al poniente de este lugar, con aquel guerrero ilustre cuya gloria militar no será eclipsada en la sucesion de los siglos.

En la conferencia que tuvimos se espresó con lapidaria elocuencia, invitándome á deponer las armas ante prudentes i justas consideraciones, fundadas sobre esa inconstancia de las cosas i los destinos de las naciones.

Mas yo, fiel á los ocultos preceptos de los oráculos, deseando perpetuar la fortuna de Roma, me negué á la paz; i se libró la memorable batalla que me mereció el renombre de *Africano*, i que á tu vez vas á conquistártelo sobre las humeantes ruinas de Carthago.

Ten presente, sin embargo—para que tu corazon sepa despreciar el vano orgullo—que después de haber aportado esa inmensa victoria á nuestra patria, é introducido en su tesoro trescientos millones de sextercios, fui citado ante los tribunales cuarenta i dos veces, acusado de peculado; i posteriormente, perseguido sin tregua por la implacable envi-

dia, me encontré en Efeso con Anibal pros-
cripto, yo desterrado i sin amigos.

La gloria más esclarecida de la tierra no merece los anhelos del ciudadano virtuoso i honrado: su intencion noble i pura sólo tiene adecuada recompensa en la mansion eterna de las almas. En este mundo todo es perecedero; lo que en él se llama vida es la muerte. En el completo trastorno de las edades i la conflagracion universal de los pueblos—en esas profundas revoluciones de los diluvios i los incendios que el tiempo trae consigo de un ciclo á otro—mi memoria desaparecerá para siempre, de la misma manera que los acontecimientos épicos de mayor resonancia.

Por otra parte, ¿qué te importaría ser célebre en los siglos venideros, si no lo has sido en las épocas transcurridas i entre hombres incomparablemente superiores?

Pero á fin de que puedas preservarte del venenoso hastío i sientas redoblar tu ardor en defensa del estado, sabe, hijo mio, que la verdadera vida comienza al conseguir escaparse de los lazos del cuerpo que mantienen

á uno cautivo i nos está vedado romperlos de nuestra propia voluntad.

Que existe la mansion de las delicias divinas en las alturas sin límite del espacio, donde la felicidad, los goces inefables del espíritu entre armonías inmutables i perennes, se renuevan al través de las edades eternamente. Que los dioses inmortales, que gobiernan los planetas, los soles i el universo, han reservado en ese eden radiante i perdurable un lugar escojido para esos servidores abnegados i leales que llegaren á recibir la muerte en el campo de batalla, porque tiene particular predileccion á sus ojos el hombre esforzado que ha socorrido, engrandecido ó salvado á su patria, defendiendo sus hogares, su religion i su suelo.»

.....

*
* *

Las primeras claridades del crepúsculo reflejábanse apenas en lontananza sobre el tranquilo espejismo de los mares, i ya el jeneral sitiador dirijía personalmente los trabajos, dictando las últimas órdenes tendentes á estrechar el cerco i librar un combinado i definitivo ataque que pusiera término á tan penosas fatigas.

Transcurrieron aun veinte días, i Cartago fué tomado por asalto, saqueado i entregado á las llamas.

Desde lo alto de una colina contempló Escipión Emiliano el jigantesco incendio, que duró diez i siete días, de la magnífica i afamada ciudad.

Meditó sobre aquel grande i poderoso imperio entregado á las llamas; de aquel ópulo i poco ha floreciente pueblo, aniquilado i hundido, del cual no iba á quedar sino su menudo polvo á los siglos venideros. Se agolpó á su memoria el eco profético de la aparición de ultratumba, i la embriaguez de la victoria cedió á un sentimiento melancólico que le hizo pensar en el porvenir reservado á Roma.

Polibio Megalopolitano, que se encontraba cerca de él, le oyó repetir con triste cadencia los versos del poeta: *Un día también vendrá en que el mundo verá caer las sagradas murallas de Ilion, la ciudad santa, el belicoso Príamo i su pueblo invicto.*



El mariscal López, dando por levantada la sesión, interrogó al jeneral Díaz si había terminado los estudios que, desde principios del mes anterior, estaba practicando, i el atento auditorio, que todavía permanecía bajo la impresion de asombro que le produjera la relacion que acababa de escuchar, se puso de pie para retirarse.

López detuvo á los jenerales Barrios i Bruguez i al coronel Luis Caminos. Era este último un gallardo i hermosísimo joven,

perteneciente á una familia patricia que se consagró i estinguió casi por completo en el servicio de su país. Desempeñaba á la sazón el delicado cargo de jefe de la secretaría del presidente de la república i, posteriormente, hasta la conclusion de la campaña, el ministerio de guerra i marina.

Fué un amigo i partidario distinguido, entusiasta i sincero i el segundo de los tres únicos, que llevaron su lealtad i romancesca abnegacion hasta vincularse con el dictador paraguayo más allá del sepulcro; negándose terminantemente á abandonarle en la última hora, i muriendo á su lado él, Francisco Argüello i el alférez Chamorro, valerosos i sublimes, á los golpes alevés del hierro brasileiro entre los pantanosos barrancos del Aquidaban. (2)

(2) El autor no se refiere de ninguna manera, ni en este libro, ni en las «Monografías», á los ciudadanos del Brasil moderno, del Brasil republicano, á cuyos eminentes estadistas, hombres de ciencia i de gobierno conoce, profesando por ellos alta distinción i respeto; i sí únicamente á los soldados i actos del imperio, cuyas banderas obedecían más á las preocupaciones i sujestiones monárquicas—tal vez personales de Don Pedro de Braganza—que á los sentimientos del pueblo i la voluntad nacional.

Cuando se hubieron quedado solos, Díaz se aproximó á donde estaba el mariscal, i sacando del bolsillo de la blusa un rollo de papel de oficio formado de varios pliegos añadidos i pegados entre sí, desenvolvió sobre la mesa un plano á la vista de las personas presentes que se apresuraron á ayudarle para mantenerlo en debida tension. En él estaba hecha la triangulación del rio Paraguay, cuya fiel relevacion dibujada desde la latitud $26^{\circ} 45'$ hasta las Tres Bocas, comprendía los desvíos, vueltas, recodos, accidentes, direccion i rapidez exacta de su corriente; la posicion de las fortificaciones paraguayas i aliadas, ubicacion particular de los acorazados, bombarderas, cañoneras i buques mercantes, en escala aumentada perfectamente clara i visible.

Ocupó un asiento frente á López i dió comienzo á la esposicion del importante proyecto que tenía entre manos, al cual, á medida que determinaba i precisaba los detalles, revestía de carácter i formas orijinales, sujestionado por su profunda conviccion.

Iba á poner en inmediata ejecucion un atre-

vido plan, cuyo éxito asegurase la realización de otro más transcendental, que despejaría definitivamente el pavoroso problema de la guerra.

El pensamiento fijo é impulsivo de encontrar un medio eficaz que abreviara el triunfo final de las armas de la república, gracias á alguna feliz iniciativa—meditado de largo tiempo con obstinada voluntad i fé, robustecida por la victoria espléndida de Curupaitic—se había al fin concretado en una combinación única, del todo desconocida i extraordinaria.

Se trataba de incendiar i arrojar á la escuadra brasilera de las aguas paraguayas, i practicar acto continuo el desembarque de un destacamento de las tres armas en la confluencia del río, que operaría apoyando por retaguardia un vigoroso ataque llevado de sorpresa del Paso-Satí, Gomez i Sauce, con la mayor parte de las fuerzas disponibles, sobre el ejército enemigo acampado en Tuyutic.

La fórmula, aunque sometida á detenido estudio científico i exenta de complicaciones

por su sencillez, tenía mucho de aventurada; pero estaban de antemano desechadas las vacilaciones de la duda, ante la confianza ciega que inspiraban la experiencia, energía i genial intuición del prestigioso favorito.



El jeneral Díaz indicó con el dedo la línea del Tebicuaric. Allí en su embocadura había reunido cuatro mil vigas labradas de diez i nueve varas de longitud i veintiocho pulgadas de diámetro, de madera liviana, seleccionada; i próximamente recibiría mayor cantidad para completar el número de nueve mil, que tenía pedidas á los jefes políticos de Villa del Pilar, Caapucú, Quicquió, Ibicuí, Yutic, Caazapá, Capilla-Borja, Itapé, Ajos i Villarica: así como quince mil estacones largos i

doscientas *angadas* de ramas resinosas i oreadas.

Con este material, trasportado á Humaitá, construiría bajo la batería de «Londres»— salvando la gran cadena—cuarenta islotes flotantes de cincuenta yardas de estension i diez de altura.

La base, figurando un polígono hexágono, constituirían triples hileras superpuestas de tabloncillos asegurados con pernos á tornillo i tuercas de hierro, i reforzados sus ángulos con dobles tirantes en líneas diagonales cruzadas i sucesivas hasta dejar cerrada i cubierta la superficie central, donde llevarían un depósito de mil libras de pólvora.

Una vez rodeado el semicírculo de sólidas barandas, estarían listos para recibir cada uno de ellos, diez i siete mil metros cúbicos de excelente combustible. Remolcados entonces por los vapores encargados del transporte de las tropas á lugar adecuado, cinco millas aguas abajo, les haría pegar fuego por los seis costados, abandonándolos á la corriente del río que los arrastraría rápidamente amarrados en

grupos de dos, tres i cinco, segun apreciase él las conveniencias.

Estos globos candentes, que concentrarían bastante intensidad de calórico como para carbonizar todo lo que se les opusiese de costa á costa en el trayecto, caerían sobre las naves enemigas, las aniquilarían i ahuyentarían, dejándole la vía fluvial espedita i en condiciones propicias de proseguir i terminar su vasto i tremendo propósito.

La escuadra brasilera se componía en esa fecha de setenta vapores entre bombarderas, acorazados i transportes de guerra, fondeada sin orden desde dos mil metros arriba de Curuzú á la isla del Atajo; aparte de cien buques de vela i otras embarcaciones menores que ejercían el abastecimiento de comestibles i forrajes á las proveedurías del ejército, obstruyendo casi compactamente el estrecho cauce del río Paraguay.

De ninguna manera, pues, habrían podido levar anclas ó cambiar de fondeadero, en el brevísimo espacio de que les fuera permitido disponer, en medio del pánico consiguiente i la horrible confusion que ocasionaría la apa-

ricion de los inflamados bólidos. Así es que la catástrofe se imponía ineludible, i sus consecuencias fatales—á la vez que desastrosas i terribles para los aliados—hubiesen modificado fundamentalmente la faz de la sangrienta lucha.

*
* * *

La idea del jeneral Díaz era orijinal i nueva en la estrategia moderna, porque si bien es cierto que los *confederados* emplearon algo análogo, con el intento de destruir la escuadra *yankee* en el Mississippi durante la guerra de secesion, ambos procedimientos son distintos i diametralmente opuestos.

Aquellos se limitaron simplemente á incendiar como recurso eventual i defensivo las poblaciones de las costas del puerto de Vicksburg, á objeto de impedir el pasaje por ese

punto al almirante Porter, que tenía necesidad imperiosa de dirigirse á Grand-Gulf, para resolver la toma de Port-Gibson antes de la batalla de Raymond; mientras que el plan paraguayo, además de ser producto laborioso de una ecuación matemática, llevaba la ofensiva rápida i concluyente al corazón mismo del enemigo.

Díaz habló por más de hora i media seguidas. Espuso con elocuente sencillez su osado i magno pensamiento, satisfaciendo victoriosamente las objeciones i preguntas que se le hicieron; i el mariscal presidente, convencido plenamente de su eficacia incontestable, le dió autorización amplia para que lo llevase á cabo en el menor tiempo posible.

Quedó acordado, á reiteradas instancias del jeneral Díaz, que él personalmente conduciría la división que debía desembarcar tras los encendidos islotes, á la retaguardia aliada, i operar en combinación con las diversas fuerzas que, á las órdenes de los brigadieres Barrios i Bruguez, atacarían de frente á Tuyutí.

Al despedirse, haciéndose eco de su ardien-

te fantasía, no obstante su discrecion habitual, le dijo al mariscal que esperaba anunciarle mui pronto el memorable triunfo de la gran batalla, trayéndole en testimonio prisionero al comandante en jefe brasilero Polidoro Jordaõ (3), porque contaba con la disciplina del soldado paraguayoy i el Dios de los cristianos que protege las causas santas, para garantizarle con su cabeza el éxito de la jornada.

López, sin dejar traslucir en su semblante inalterable i frío las emociones de su espíritu, le contestó que «todo lo esperaba de su patriotismo i lealtad.»

(3) En el ataque del 3 de Noviembre á Tuyuti, llevado bajo la direccion del ministro de la guerra, después de la inesperada i lamentable muerte del ilustre caudillo; i en el que se puso en ejecucion parte de su grandioso plan, fué traído prisionero, nó el mariscal Polidoro, pero sí, el jeneral Cunha Mattos, entonces comandante del 4.º reducto de la derecha brasilera con toda su guarnicion i cañones, entre estos el famoso *whitworth* de 32 que, por su alcance, tanto codiciaba el mariscal López. De donde se deduce lójicamente que, á haber mandado el jeneral Díaz, la espesada accion—era verosímil—hubiera cumplido su palabra empeñada, por lo menos respecto al prisionero de guerra.

Pero repentinamente, como si un funesto presentimiento le anunciara que era la última vez que tenía delante de sí á aquel servidor de tan singulares calidades i de virtudes incomparables—con su soberbia apostura, su esforzado corazon, su mirada escudriñadora amenazando descifrar el porvenir, su magnífica cabeza resplandeciente de ensueños i esperanzas—avanzó un paso i le estrechó efusivamente la mano.

El mariscal López tuvo súbita i misteriosa revelacion del luctuoso destino de aquel hombre impávido, que se había impuesto la excepcional tarea de realizar en gigante epopeya lo que los titanes del Olimpo no pudieron conseguir. Sintió una conmocion eléctrica en lo íntimo de su alma; i á haber sido capaz de prescindir por un solo momento en este mundo del frío convencionalismo oficial, para dar forma á una manifestacion de cariño con un amigo, lo habría estrechado entre sus brazos, cariñoso, á José E. Diaz en aquella histórica é inolvidable noche.

*
* *

Sería la una de la mañana del 26 de Enero cuando Díaz llegó á su campamento. Desmontóse á la puerta de su tienda, entregó su caballo sudoroso i cubierto de espuma al ordenanza José, que le esperaba; i dirijiéndose rumbo al norte, sólo, á pié, franqueó el extremo de las baterías de la costa i descendió la barranca.

Se detuvo en el borde del río, pensativo, casi melancólico. Pareció interrogar con sus ojos, asaz acostumbrados á la obscuridad, los abruptos bosques del Chaco, que distinguíanse vagamente envueltos en negro sudario, semejando inmensa mancha de tinta. Buscó después la posición de la escuadra aguas abajo, con los fuegos apagados i silenciosa en ese momento, i distinguió á los monitores brasileros erguirse fatídicos en la lobreguez de la noche.

Bajo los efectos perniciosos de una cerebación espontánea, sentía golpear tenazmente sobre sus sienes los extraordinarios sucesos del día transcurrido; i su fatigada imaginación, estimulada por aquel ambiente de fiebre, reproducía con afanosa insistencia los

pasajes palpitantes de la conversacion del presidente López.

Parado é inmóvil, en medio de las tenebrosas sombras, con la visual hundida á distancias sin límites, en el sombrío caos de lejanas épocas, recorría en su mente los episodios históricos de peregrino heroísmo. Vió pasar las bravías lejonas hispanas al son de pifanos i atabales—guiadas por monjes, prelados i obispos con sus ornamentos sagrados, empuñando á un mismo tiempo el crucifijo i la maza—al encuentro de los berberiscos sarracenos profanadores del suelo patrio.

Desfilaron cien mil cristianos vestidos de reluciente acero, armados á lanza, hondas i hachas cortantes. El rei marchaba con corona de oro en la cabeza i clámide romana de finísima púrpura sobre los hombros, en carro bélico incrustado de nácar y marfil.

Los musulimes aparecieron con turbantes blancos, i verdes, albornoces encarnados i oscuros, sus arcos en la mano izquierda, la lanza al costado y el afilado alfanje colgado al cuello, sobre esbeltos y lijeros alazanes.

Al rayar el alba se encontraron en las ori-

llas del Guadalete. El formidable choque repercutió por los valles vecinos, cual si dos pesadas montañas hubieran sido lanzadas una sobre otra por alguna revolucion cósmica. La lucha á muerte, sin cuartel, sembró el campo de cadáveres i lórigas rotas, inundando en sangre á los combatientes.

Creyóse Díaz transportado en el tumulto de la gran batalla. Sintió bajo sus pies estremecerse la tierra; sus oídos escucharon el espantoso alarido de ambas huestes, que resonaba por los aires, confundido en un solo atronador grito con el estruendo de los tambores i «el sonido de guerreras trompas».

La noche puso tregua á la horrorosa lid que se mantuvo indecisa durante 48 horas, aunque la victoria comenzaba á inclinarse á favor de los peninsulares. Es verdad que los árabes eran mui inferiores en número, pues no pasaban de diez i nueve mil—uno contra cinco—mas el profeta les tenia prometidos la herencia i el dominio del mundo!

Tarik, el joven teniente del emir de Africa, de cuerpo flexible como el acero, movimientos rápidos como el pensamiento, mirada cente-

llante, embriagado de fanatismo i ambicion, activo, ágil, valiente hasta la temeridad—notando á su jente desfallecer el tercer día—hace traer su caballo de la primera sangre, lijero como el viento i su último i supremo recurso en tan desesperado trance. Lo enjaeza ricamente, móntalo de un salto, sin poner el pie en el estribo i corre á proclamarla:

«¡Oh muslimes, vencedores de Almagre! —les dice—¿qué cobarde pusilanimidad os agobia? ¿á dónde pensais encontrar salvacion? He hecho quemar todas vuestras naves: el mar está á vuestra espalda i el enemigo delante. No hai remedio sino en vuestro valor i la ayuda de Alá.—¡Vive Dios que si olvidais vuestro juramento, vuestra relijion y vuestros deberes, perecereis sin piedad á manos de los *perros cristianos!* En cuanto á mí voi á acometer á su rei, i le arrancaré la vida ó pereceré á sus manos.»

*
* *

Al espirar en sus labios la última silaba de su enérgica arenga, arrancó á escape; transpuso á vuelo las distancias, burló los obstáculos que se le opusieron en el trayecto, i desapareció al través de las filas enemigas entre torbellinos de espesa polvareda.

No tardó en dar con Don Rodrigo que, ataviado de vistosos paramentos i jinete en no menos lujoso corcel, le esperaba animoso. Encabritáronse los caballos, quedando por largo rato entrelazados de las patas delanteras. Los golpes de sus pujantes mazas levantaron astillas doradas de sus bruñidas armaduras. Enroscáronse con encarnizamiento las flexibles espadas, ora buscando sus agudas puntas las junturas vulnerables, ora describiendo á los rayos del sol luminosos círculos, al desviar i devolver los quites.

La expectativa no puede ser más imponente. Ambos ejércitos han suspendido el combate para presenciar aquel duelo de singular importancia, cuyo éxito iba á definir, nó la victoria, sino la existencia de una nacion, la suerte futura de dos razas.

A la quinta embestida es arrojado al suelo

de un bote de lanza el rei Rodrigo, que acababa de perder la babera del yelmo i estaba herido en el cuello. Antes de que su cuerpo tocara tierra, Tarik ben Zeyad se había tirado sobre él, cortádole i clavado en su pica la cabeza, recorriendo con ella veloz por delante de las espantadas huestes cristianas.

Fué la desastrosa señal de una derrota sin nombre. Los moros, fatigados del degüello, tomaban reposo para continuar luego la matanza.

La cabeza del infortunado soberano sirvió de trofeo á las fastuosas fiestas del gobernador de Tánger, en celebracion de las nuevas conquistas mahometanas sobre la monarquía godo-hispana vencedora de los romanos, fundada hacia trescientos años por Ataulfo i Recaredo.



Tan infaustas reminiscencias acabaron por contajiar al jeneral Díaz de cierta inquietud maléfica, que impregnó su espíritu de indefinible tristeza.

Toda su fuerza de voluntad, su ferviente fé por la causa que sustentaba, la confianza misma en su propio concurso personal, sus preparativos i vastos proyectos militares quedaron cohibidos por amarga incertidumbre.

Sus ideas claras i concretas respecto al desenvolvimiento de los acontecimientos, se cubrieron de sombras i obscuridades. Le asaltaron inusitadas dudas sobre lo porvenir de la república en medio de aquella desigual y colosal guerra.

Si su arriesgado plan llegaba á fracasar por alguna circunstancia fatalmente imprevista. ¿qué sería de los destinos de su cara patria?

Esos enemigos implacables, que se multiplicaban incesantemente, que, día á día, recibían nuevos i poderosos continjentes, que á medida que el tiempo gastaba sus elementos, el plomo, el hierro i las epidemias diezaban sus ejércitos, se renovaban i multiplicaban sus fuerzas porque sus recursos parecían ina-

gotables, ¿no concluirían acaso por sojuzgar al Paraguay?

¡Ai qué pensamiento cruelmente impío!

Su simple pasajera enunciación agolpó á su mente imágenes lúgubres i siniestras: el espectáculo terrible de una nacion americana deshecha, hundida en el polvo de su derrota, convertida en desolado osario de ruinas lapidadas hasta los cimientos, sus miembros dispersos, mutilados, manando torrentes de sangre, porque estaba fuera de cuestion que si caía vencida, sería cuando absolutamente ya no le quedase uno solo de sus hijos heroicos que hiciera flamear la bandera tricolor.

Un peso enorme oprimió su corazón; densas brumas, más obscuras que la noche se ajitaron á su rededor, i en lontananza, por sobre crespones funerarios, percibió su alma dolorida el luto de esterminio que flotaba sobre pueblos y ciudades florecientes, condenados á ser presa de la violencia i el saqueo.

I lo que era aún mil veces más grave i humillante: el territorio de la patria desmembrado, los niños inocentes i doncellas huér-

fanas—únicos sobrevivientes á la horrenda consumacion—condenados á servidumbre i entregados en propiedad á guisa de botin entre los afortunados vencedores, para ser distribuidos á estrañas tierras, á manera de la *chusma* que se recoje de los aduares de las pampas argentinas en las correrías contra los salvajes.

Pero todo este inverosímil desvarío no pasaba de temerarias suposiciones! No era sino la mutacion fugaz i psíquica, el minuto de crisis de los temperamentos eminentemente de accion, cuyas situaciones normales consisten en el batallar i la incesante lucha, i á quienes las jestaciones tranquilas i lentas que preceden á las combinaciones transcendentales, mal avenidas con su impaciente movilidad, les ocasionan descaecimientos agónicos.

¿No estaba además él allí para conjurar semejante sacrilejio?

La reaccion pronta, inmediata, serenó su semblante, sustrayéndole de aquel estado de enervante psicopatía, i le devolvió fuljente el predominio de su equilibrio i enerjía ordinarios.



Pasóse la mano por la frente, sacudió su negra cabellera, cual si despertara de pesado sueño, é instantaneamente recobró todo el vigor i la altiva entereza de su carácter indómito.

Estendió el brazo hacia los acorazados enemigos i les lanzó una imprecacion de muerte.

¡Ah si llegaba él á poner los pies sobre sus cubiertas de acero! ¡Guai de ellos si conseguía apoderarse de alguno de los famosos blindados! ¡Entonces sí que tendría la victoria asegurada!

En efecto, encerrados los ejércitos aliados entre los tremedales del Estero-Bellaco i sitiados por los ríos Paraná i Paraguay, no les hubiesen quedado otra disyuntiva que perecer de hambre ó entregarse prisioneros irremisiblemente.

·I como si pretendiera convencerse á sí propio de que á esas altas horas había otros muchos que, á la par de él, velaban por la seguridad del suelo querido, lanzó un estentóreo grito que resonó con pavora en el silencio profundo de la noche.

Inmediatamente se elevaron allá en el oeste-norte del Chaco tres llamaradas rojizas, cuyas lenguas encendidas iluminaron momentaneamente las tinieblas del horizonte; i veinte segundos después otro grito no menos potente hendió los aires, recorriendo en prolongado trueno el perímetro occidental de los bosques, para en seguida describir estensa curva sud, é ir á apagar su fragoroso eco sobre las naves del imperio. (4)

Estas, comprendiendo que se trataba de la señal para el lanzamiento de torpedos en el río, tocaron zafarrancho acto continuo i comenzaron un furioso cañoneo á los costados i al frente, principalmente sobre Curupaitic; el cual, desdeñando sus granadas *whitworths* de 150 i 300, se limitó á contestarles con su pintoresco *turú* en toda la línea.

Un cohete volador de luces blanca i azul se levantó en la mayoría de Paso-Pucú, i las baterías de Rojas rompieron en seguida sus

(4) Las estrañas repercusiones de la voz humana peculiares á las rejiones citadas, justifican el nombre de *Neembucú* (eco prolongado), que era antiguamente jenérico á estos departamentos.

fuegos contra la vanguardia de orientales y brasileiros.

El jeneral Díaz se sentó sobre una gran piedra cuadrangular que estaba próxima á él, donde otras veces acostumbraba pasar las horas de la madrugada, contemplando el pasmoso efecto de la esplosion de las bombas en la obscuridad.



Los acorazados se agitaban ahora semejantes á furiosos cetáceos, produciendo á la lumbré de los fognazos la sugestiva ilusion de verdaderos monstruos marinos, con caparazones de hierro i pupilas de hoguera, por cuyas cuencas abrasadas, boca i narices, derramaban materias ígneas, revueltas en humo i lava, acompañadas de ruidos espantosos i ensordecedores.

El espectáculo de aquellas destructoras máquinas, que arrojaban de largas distancias el esterminio i la muerte, devastando é hiriendo con la rapidez del rayo, sin necesidad siquiera de distinguir ni conocer al adversario, le pareció á Díaz cobarde i bárbaro, comparado con la manera de guerrear cabalresca de otros tiempos.

Hubiera él deseado mayor equidad en sus condiciones de lucha. Que el combate, ri-jiéndose por leyes de lealtad, se impusiese con armas aproximadamente iguales, los beligerantes frente á frente en campo abierto, á la luz del día, para que las acciones heroicas colectivas ó personales, el valor, la serenidad i el esfuerzo abnegado, merecieran resonancia duradera é inmarcesible fama.

Los episodios i las proezas en que campeaban á porfía la jenerosidad i la nobleza, eran el combustible obligado que alimentaba su ardiente i entusiasta imajinacion. I en esta hora de forzada tregua á que le condenaba la fatal circunstancia de no poseer el Paraguay una escuadra, complacióse, como consolador

refugio á su inaccion, en reconstituir el más famoso pasaje de la portentosa Bizancio.

Cruzaron por su mente los ecos lejanos de una campaña épica, el bullicio i los gritos que de través de los siglos se alzaban por entre escombros de vastísima ciudad—que por sí solo componía toda una nacion i una raza—envuelta en la humareda de centenares de hogueras, cuyos penachos de fuego proyectaban sangriento reflejo sobre las mansas aguas del mar Egeo. Acontecimiento imponente, digno de aquellos tiempos memorables, con el que encontraba analogía á sus grandes planes de guerra, que, por lo deslumbrantes i extraordinarios, rayaban en los lindes de la vida prodijiosa del imperio de Oriente.

*
* *

Es mediados del siglo décimo i Bizancio, que había reconquistado su preponderancia

pasada, gracias al triunfo no interrumpido de sus armas i la serie de victorias en Asia i en el norte, está disponiendo su más costosa i definitiva campaña contra el enemigo comun: los piratas sarrasenos que se habían adueñado de los mares de Occidente i del Levante, estableciendo su guarida en la isla de Creta.

Cada primavera se presentaban, cual gigantesca irrupcion, sus innumerables navíos de velas negras i asombrosa velocidad, que recorrían las aterradas poblaciones de la costa, talando, quemando, saqueando i escapando en seguida con el rico producto del pillaje de ciudades enteras, antes que tuvieran tiempo de acudir las tropas imperiales.

El más célebre jeneral de su tiempo, el soldado invencible i siempre feliz, Nicéforo Phocas, es el destinado á comandar i dirigir la expedicion.

Grande era la reputacion de este militar. Su foja de servicios podía considerarse como el jalon donde estaban inscriptos, etapa por etapa, los brillantes progresos i gloriosas conquistas que cimentaban la hejemonia de su

patria, debidos á su valor, pericia i esclarecido talento.

La populosa capital amaneció coronada de jente. Los minarettes, las techumbres i demás alturas habían sido ocupados por toda clase de personas ávidas de presenciar la partida de la famosa flota.

Componíase esta de tres mil trescientas setenta naves de guerra, que llevaban á su bordo numeroso i escojido ejército i varios cuerpos de tropa extranjera mercenaria, i colosales monstruos de bronce incrustados en las proas para lanzar el fuego griego. Esta materia líquida esplosiva era el terror de los mahometanos i de los bárbaros, i que jamás fué conocida de ellos—aportada en el siglo séptimo por el sirio Callínicus, é incluida en el número de los más precisos secretos de estado—formaba un misterioso descubrimiento que representaba una poderosa fuerza.

A la leva de anclas, i cuando se hubieron desplegado las velas al viento, se dejó ver sobre la cubierta del navío almirante la figura severa i varonil del jeneralísimo, que fué sa-

ludado con apasionados i prolongados vitorios.

Su actitud meditabunda i sombría se disipó por algunos segundos, mientras respondía á la magnífica ovacion de despedida. A su jenio i su fortuna confiaba Bizancio el éxito de la formidable empresa, que importaba la salvacion del imperio.



Hizose la escuadra rumbo al sur, i después de vagar algun tiempo para encontrar la ruta en aquellas aguas desconocidas, pues hacia muchos años ningun piloto griego se había aventurado por tan peligrosos lugares, arribó, no sin vencer dificultades, al puerto de Fijela, cerca de Efeso. De allí continuó su itinerario en línea recta, i en pocos días estaba á la vista de Creta.

El conjunto de aquel bosque de mástiles empavezados que obscurecía el horizonte, y la variedad en las formas, multicoloras, caprichosas, fantásticas de los bajeles, presentaba una perspectiva sumamente decorativa y soberbia que, más que realidad, parecía una evocación mágica de *Las mil y una noches*.

Al aproximarse á la isla aparecieron las torres, los parapetos y almenas de las plazas cubiertos por masas sarracenas, así como al exterior de las murallas gruesos destacamentos de caballería apercebidos al combate, y cuyos ruidos salvajes se escuchaban distintamente, «y cuyas blancas vestiduras y pulidas armas resplandecían al sol».

El desembarco, por demás espuesto, casi imposible ante un inmenso ejército, no existiendo ningún puerto en esas costas, se efectuó de una manera atrevida.

Los formidables drómones fueron lanzados á tierra á fuerza de remo, é inmediatamente que tocaron la arena se tendieron puentes mecánicos que los unían con la ribera y, del vientre de aquellos monstruos marinos, salieron al galope coraceros armados de punta.

en blanco que hacían saltar sus caballos á la playa, cargando en seguida á los sarracenos sobrecojidos de sorpresa por este espectáculo singular.

El sitio duró largo tiempo. Los meses se sucedieron entre sangrientos i tremendos combates; i á pesar de que el resultado favorecía siempre á las fuerzas bizantinas, las inmensas fortificaciones de la ciudad se mantenían inespugnables dentro de sus escarpados i profundos fosos.

Un procedimiento injenioso del hábil Nicéforo, quien como ningun otro jeneral de su época, poseía el secreto de ese momento supremo en que las más perfectas i sólidas combinaciones se disgregan, para poner en juego los recursos decisivos que han de vulnerar de muerte al enemigo—vino á dar inopinada i violenta solucion á la encarnizada contienda. Ordenó que el cuerpo de zapadores practicara una estensa escavacion debajo del ángulo del baluarte principal, haciendo sostener los cimientos que iban quedando en descubiertó con gruesas vigas i dobles filas de pilares de madera seca. Una vez terminada la

mina, obra admirable de arte i ciencia, en que se había trabajado con perseverancia noche i día, se la relleno de otros combustibles bañados en materias grasas, aceites i esencias i se le pegó fuego.

Cuando todo el contenido de la obra subterránea hubo sido devorado por las llamas, i á la eficaz accion del calórico sucedió el enfriamiento, la alta i fuerte muralla se agrietó i un lienzo de pared con dos torres rodaron por el suelo.

Por esta brecha penetró entonces el ejército sitiador á la plaza de Chandax, capital del principado, el 7 de Mayo del año 961, i la arrasó hasta sus cimientos, después de una lucha horrorosa que se estendió de barrio en barrio, de calle en calle i de casa en casa, i costó ríos de sangre.

La isla pasó á formar parte integrante del imperio, habiendo antes el jeneral Phocas acabado con sus terribles habitantes, como en otro tiempo el gran emperador Trajano con los dacios. Los que escaparon á las hogueras i al filo de la espada fueron declarados siervos de la gleba i conducidos á Constan-

tinopla con el último emir prisionero Abdul-Aziz-el-Cortobí, oriundo de Andalucía, para servir de trofeo á la entrada triunfal del afortunado vencedor.



Nicéforo á su regreso recibió el mando en jefe de las tropas del Asia, i el año siguiente con cien mil veteranos abrió nuevas campañas, prosiguiendo con incontrastable suerte sus brillantes hechos de armas, en los que desplegó sus dotes eminentes de gran capitán.

Conquistó el distrito del Tauro i el norte de Siria á los hamdanidas, hasta Alepo. Venió á los árabes de la frontera oriental, á quienes arrancó las importantes plazas de Silicia, Adana, Mopsueste i Tarso; i dos años más tarde se apoderaba de la mitad septen-

trional de la Siria con las importantes ciudades de Laodicea, Hierápolis, Arco, Emesa i Antioquía.

En estas circunstancias Bizancio, la ciudad de las visiones encantadas, llena de voluptuosos ruidos, de fiestas indescriptibles, de lujo i sibaritismo inverosímiles, un cúmulo tal de jompas i refinamientos; culta, corrompida, sanguinaria i devota, capital magnífica de una vasta dominacion «colocada en la frontera de dos continentes i el crucero de dos civilizaciones, entre dos épocas del mundo», en medio de interminables guerras con el musulman i el cristiano i la lucha furiosa, esterminadora entre la medialuna y la cruz; que abriga en su seno los fermentos de todos los instintos humanos, las grandezas i las ignominias, las virtudes i los vicios—cae dominada, vencida, embriagada á los pies de aquel caudillo invicto, á quien proclama emperador, elevándolo al solio de Flavio Constantino con el nombre de Nicéforo II.

Al dirigirse del palacio sagrado á Santa Sofía, rodeado de príncipes, jenerales i dignatarios del estado, para ser investido con

la corona de los césares de Oriente por manos del patriarca Polieucto, llevaba Nicéforo Phocas ceñido al cinto el sable del Profeta, que había arrebatado con otras reliquias de raro mérito en su última victoria contra los turcos. Acontecimiento estupendo no repetido en los siglos sucesivos.



El fragoroso estrépito del bombardeo parecióle á Díaz que se amortiguaba, se alejaba; apenas llegaba á sus oídos un silbido suave i persistente.

Cinco minutos más, i no percibió ya sino, á intermitencias, alguno que otro eco perdido. Al fin—agobiado por el cansancio físico, la fatiga intelectual i tenaz de muchos días y noches acumulados, las impacencias i las preocupaciones vehementes—el largo insom-

nio había cedido al sueño reparador, i quedó profundamente dormido.

Pero no por eso cejó el cerebro en su labor febril. Por el contrario, posesionado de un mundo sensitivo, vívido i propicio á la elucubracion de los sucesos, cambia ahora el escenario para dar paso á la fantasía psíquica, mezclando lo maravilloso á la accion real.

*
* *

La ficcion de silencio i tranquilidad, sin embargo, fué de breve duracion. Fuertes detonaciones producidas por la rotura y choque de árboles, cual arrancados de cuajo, que partían de la espesura de los bosques del Chaco, atrajeron la atención de Díaz. El estruendo aumentó paulatinamente á medida que se aproximaba; hasta que de pronto cesó, para sucederle las melodías de una ins-

trumentación exótica, suave i dulce, cuyas notas impregnadas de melancolía rememoraban las sentidas armonías que el coro antiguo arrancaba á la lira de siete cuerdas, al entonar las odas de Píndaro bajo el pórtico del Estadio Panatenéico á los vencedores griegos.

Numerosísima caravana de elefantes enjaezados con armaduras de hierro, trayendo sobre sus lomos guerreros pertenecientes á distintas épocas, civilizaciones i climas, marchando en formacion á compás de orquesta de centenares de músicos, que la precedían i se turnaban por orden—seguía saliendo ante su vista de los montes vírjenes, en la banda opuesta.

Un nimbo luminoso, semejante á la aurora polar, flotaba sobre ella i guiaba sus pasos. La intensa oscuridad se había disipado.

A la orilla del río se detuvo; i de su seno avanzó un reducido grupo por sobre las aguas, como en otro tiempo Jesús sobre el mar de Galilea.



El general Díaz contempló sorprendido, á tres metros de donde se hallaba recostado, la fisonomía varonil de una amazona joven i hermosa, de gentil i elevada estatura, cintura flexible i esbelta, de pie, con sus brillantes ojos fijos en él. Vestía traje de tisú recamado de caracteres rúnicos, cruzado el pecho por artístico tahalí, de cuyo extremo pendían armas de guerra i chacó militar en la cabeza. En la mano derecha ostentaba la trompeta de la fama i una corona de ramas de encina, emblema de la inmortalidad. A su izquierda traía de las bridas un caballo de exiguas proporciones, pátas aceradas, cascos de plata, negro como el azabache i de alas relucientes, plegadas sobre las ancas, que no cesaba de tascar su freno de oro.

Al lado opuesto, un poco atrás, estaba otra mujer de mayor edad, pálida i grave, cubierta con trasparente velo azul, que caía hasta el suelo. En una mano tenía un reloj de arena i la *rueca* i en la otra un libro cerrado. Era Cloto, la parca del destino.

Díaz llevó rápido la mano á la empuñadura de la espada, é iba á levantarse,

cuando fué detenido por la voz sonora i doliente, como el quejido de una campana, de la estraña aparicion.

«Joven guerrero—le dice—soi la valkiria de los eddas que vengo á anunciarte que tu mision está cumplida sobre la tierra. Tus grandes hechos pertenecen ya á la historia i van á ser inscritos en las pájinas de lo imperecedero, para que la América i el mundo los repitan en el espacio i el tiempo, mientras el valor heroico i el sentimiento de la patria sean la virtud sagrada del linaje humano.

Tu patria perpetuará tu recuerdo en el bronce i el granito. Las jeneraciones venideras aclamarán tus victorias, dedicándote su labor intelectual, sus investigaciones y estudios en el libro i la poesía, i enaltecerán en el divino arte tus gloriosas proezas. Tus conciudadanos irán á buscar inspiración al pie de tu estatua ecuestre, en los momentos aciagos para la república i, en los días felices, entonarán cánticos triunfales en el santuario de tus monumentos, celebrando tus hazañas inmortales.

Puedes dormir en paz, porque has santificado tu nombre, llenando severamente tu deber entre los hombres, porque con sublime resignación has sacrificado tu juventud, tu porvenir, tu felicidad, tus esperanzas i tus amores al servicio de tu país; porque has hecho renuncia abnegada de una venturosa existencia en holocausto á los intereses públicos; porque has destinado tu vida entera á la causa nacional.



«Escucha, joven guerrero: allá lejos, muy lejos—más allá del horizonte, más allá del pensamiento, más allá de los planetas, más allá de la idea, más allá del infinito, existe la región de la luz. Allí la juventud es perenne, ni los siglos, ni los años transcurren. No se conoce el tiempo; es ignorada la ad-

versidad. Allí se gozan las satisfacciones inmutables, se deleita en el éxtasis perdurable.

«En la portada de este valle rutilante, donde florecen el lotus i el oxiacanto entrelazados al tronco del Igdrácil, el árbol de la existencia, te espera Odin, inventor del movimiento, el alfabeto i la música i dominador de las tinieblas caóticas, que profesa admiración por tu alma altiva é incontrastable henchida de elevados afectos i entusiástico ardimiento, para iluminar tu camino con torbellinos de gloriosísimos relámpagos, acompañándote al lugar que te está reservado en el áureo recinto de Valhalla.



«Joven guerrero: un día los dioses norsos de la vieja Escandinavia quisieron celebrar sus banquetes en memoria de Aegir, el gigante

del mar, i despacharon á Thor en busca del caldero místico al sombrío i triste Utgård, dominio de los hirsutos titanes—estado tenebroso habitado por seres monstruos i ubicado cerca del Hela. Thor partió acompañado de Thialfi i Loke; recorrieron durante muchas lunas obscuros i profundos desfiladeros, agrestes llanuras, por entre laberintos de áridas montañas, desapacibles i mudas, semejantes á las rocas boreales.

Al fin, despues de numerosas aventuras, consiguieron internarse en el imperio de los jøtuns, de opaco i terrizo cielo envuelto en silencio i horror. Anduvieron todavía vagando por incultos i desiertos lugares, atravesando i «rompiendo por montes i peñascales». Recien á la caída de la tarde percibieron á la distancia un vasto palacio, al que llegaron de noche, encontrando su enorme puerta abierta. Se entraron adentro y observaron que se componía de una sola habitacion, un grande i estenso salon completamente vacío. Resolvieron pernoctar allí, acomodándose de la mejor manera posible; mas de improviso el pavoroso silencio fué inte-

rrumpido por bramidos espantosos, i la casa se ajitó como si hubiera sido sacudida por volcánica erupcion.

Thor se irguió animoso, empuñó su maza de hierro i se plantó en medio de la puerta, decidido á pelear al universo. Sus dos compañeros, poseídos de espanto, corrieron aterrorizados por la estancia, buscando un rincon donde esconderse.

Dos horas transcurrieron, i nuevos i prolongados bramidos i temblores que hacían estremecer la techumbre del edificio, se dejaron sentir. El valiente Thor ocupa de un salto su puesto, golpea con fuerza los pies sobre el pavimento cual si pretendiera echar raíces, esgrimiendo en repetidos círculos su potente maza, i espera impávido.

Convencióse Thor, al aclarar el día, que el palacio pertenecía al gigante Himir, á quien descubrió dormido, en los jardines contiguos, debajo de los pinares. I aquellos ruidos extraños, estertóricos, que parecían estallidos cósmicos, resultaron simples ronquidos i los

movimientos inocuos que producía durante su sueño.



Este Himir era el terrible i formidable gigante, cubierta de escarcha su blanca barba, que derribaba i hundía las rocas con su sola mirada, i tenía por caballos nubes de granizo, vientos de nieve i montañas de hielo, á los que llevaba por la noche á los antros, antes de emprender sus largas correrías, i se sentaba á peinarles la crin.

«Tuvo sus razones Thor para determinar acabar con él, durante dormía; «así fué que «alzó en alto su maza i descargó golpe tan «recio en el rostro del gigante, capaz de triturar las peñas. Himir apenas si despertó «i frotándose la mejilla gruñó: «¿Cayó alguna «hoja?» Thor volvió, no bien se quedó dormido, á descargar segundo golpe, más tre-

«mendo que el primero; el jigante no hizo «sino murmurar: «¿Es algun grano de arena?» «El tercer golpe fué con entrambas manos; i «pareció dejar señal en el rostro del joetun, «que cesó de roncar diciendo: «Sin duda hai «gorriones sobre estos árboles; ¿qué me ha- «brán arrojado á la cara?»

«El osado Thor no desmayó. Por el con- trario, puso en juego toda la enerjía de su viril voluntad en las repetidas refriegas que mantuvo con aquel demoniaco habitante del caos i del hielo. Procedió con tal firmeza, coraje i cautela que lo subyugó, venció i se apoderó del codiciado caldero. Para traerlo tuvo que calarse á la cabeza á guisa de sombre- ro, golpeándole al caminar los talones las asas del pote descomunal.



«Joven i esforzado guerrero: tus brillantes hechos de armas i tu inmensa victoria de

Curupaité, no han dejado, hasta ahora, mayor huella en el enemigo que la maza de Thor sobre la cabeza del gigante Himir. Su lógica explicación consiste en que las naciones coaguladas cuentan con setenta millones de pesos anuales, para adquirir acorazados, armas perfeccionadas i los múltiples adelantos é inventos modernos de la balística. Están á su arbitrio el comercio del mundo i los puertos de la Europa, i en sus quinientas mil leguas territoriales existen diez millones de ciudadanos que reemplazarán fácilmente los millares de muertos en 2 de Mayo, Tuyutí, Boqueron i Curupaité; mientras que el Paraguay, encerrado en el confin de la América del Sud, además de negársele los poderosos recursos de la civilización, carece de rentas, i dispone apenas de setecientas cincuenta mil almas en un territorio de veintisiete mil leguas cuadradas.

Por lo demás, la muerte en el campo del honor es un beneficio de los dioses. El valor es un deber imperativo, i continuará siendo en todos los tiempos, la primera cualidad entre los hombres. Valor es lo que enaltece,

lo que se estima, lo que tiene valía, lo que dignifica; es la virtud por exelencia, i por muchos siglos ha sido materia de culto relijioso. El valor es la manifestacion activa de las fuerzas supremas, es un destello de la omnipotencia creadora.

Los reyes norsos consideraban suma desgracia i vergüenza el no morir en el campo de batalla. Así que, cuando ya ancianos, se sentían cercanos á su fin, se hacían embarcar en una nave con juego prendido á bordo. Esta era lanzada á velas desplegadas, á fin de que en alta mar el incendio la envolviese en llamas, dándole por tumba al héroe el firmamento i el océano, i pudiera recibirle Odin con los honores del guerrero muerto en campaña.

Thor reside en Asgard, es la divinizacion del valor. Tu tienes conquistado, oh joven guerrero, un puesto al lado de Thor, en el jardín de los Asen.



«Dirije la vista, joven guerrero — prosiguió la valquiria—á aquella comitiva de sufetas, príncipes i soberanos que descanza en la falda de los montes occidentales. Es la guardia rejia de los Campos Eliseos, que viene á dar la bienvenida á tu fulgurante espíritu.

Ese monarca joven de sedosas guedejas rizadas en ondas, de aspecto negligente i suave, apoyado muellemente en el hombro de su inseparable amigo el filósofo Cineas, es el novelesco estratéjico albanés apellidado el Aguila del Epiro. Tuvo de Alejandro la semejanza física i tambien sus prendas personales, capacidad i talento. Como él, á pesar de su aparente indolencia, era activo, emprendedor, nervioso i de hablar precipitado.

Jeneral habilísimo, de alma fuerte i corazon magnánimo, no admitía en su compañía cortesanos ni aduladores, sino amigos leales á quienes estimaba i quería; pero dominado como Carlos de Suecia por la neurósis de las batallas, se convirtió en aventurero coronado, poniendo su espada al servicio de muchas i diversas naciones, capitaneando indistintamente los súbditos propios i los ajenos. Con

los tarentinos venció á los romanos en Heracléa, huyendo los latinos sobrecojidos de los *bueyes Lucanios*; i avanzó hasta la vista de la gran metrópoli, que contempló asombrado de haber triunfado.

En Sicilia batió i arrojó de la isla á los cartajineses, cargando setenta i dos buques con el valioso botin obtenido de sus victorias. Pudo haberse formado un reino en Italia, más entusiasta por el heroismo i jeneroso en el perdon, se apasionó de los romanos i llevado de su carácter caballeresco, prefirió ir á probar fortuna en la Magna Grecia. Derrotó sin mucho esfuerzo á los sucesores del Conquistador del Asia; desterró á Demetrio i á los hijos de Casandro, vengando así la muerte de su padre Eácides; i se hizo proclamar rei de Macedonia.

Veintidos siglos despues, otro estratéjico —aunque de menos jenio—el feld mariscal Helmuth Carlos Bernhard conde de Moltke estuvo á reconstituir sobre las colinas de la ciudad Eterna, el plan de la memorable batalla; siguiendo por el sudeste á Palestrina pa-

ra estudiar emocionado las huellas del gigante Epirota.

Pirro es un héroe sugestivo de la antigüedad.



Este, de semblante sencillo, modesto i cuerpo atlético, sentado en suntuosa silla curul, i que jamás en su vida gobernó las bridas de un caballo, es el itálico famoso, *ante quien muda se postró la tierra*; i que recorrió á pie, precedido de las águilas cesareas, las tres cuartas partes del cuadrante del meridiano terrestre, evocando la renovacion del imperio macedónico.

Durante el verano ciento cinco hizo echar un puente de piedra sobre el caudaloso Danubio, de veinte pilares cuadrados formados de enormes bloques, de sesenta pies de grue-

so—distantes entre sí setenta i ciento cincuenta de altura.

Por allí pasó su ejército á la indómita Dacia, que había obligado á su antecesor el emperador Domiciano al pago de humillante tributo anual. A raiz de choques repetidos i sangrientos redujo á pavesa á su capital Zarmizejetusa, cuyo nombre cambió en Ulpia; i se erigió la columna Trajana, de proporciones colosales, en testimonio de que el implacable estado enemigo quedaba convertido en provincia romana.

Seducido por ensueños de gloria, i deseoso de desplegar la majestad imperial ante las naciones, se dirigió al Levante, bastando su sola presencia, para que se le rindieran incondicionalmente, á su paso á la Parthía, los reyes de Sarmacia, Bósforo, Iberia i de la Cólquide. Se apoderó por la fuerza de las armas del Adiaben; ocupó la Asiria, i libró importantes batallas bajo los muros de Seléucia i Ctesifonte, que tomó sucesivamente por asalto i con ellas á la hija del rei de los partos prisionera, i el trono de oro de Pacoro i Cósroés.

Visitó á Nínive, la Gaugamela, Arbela i Babilonia, célebres en las edades por las victorias de aquel héroe niño, hijo predilecto de la fortuna. Sojuzgó la Mesopotamia, i se embarcó en el Tigris con destino al golfo Pérsico. Cruzó el grande Oceano, tomando en seguida hacia la Arabia Feliz. Sometió el territorio i puerto de Aden en el Yemen i dió impulso i seguridades al comercio marítimo entre el Asia i el Africa.

Declaró provincias tributarias á la Arabia Petrea, la Armenia, la Mesopotamia i la Asiria; i acarició vivamente la intencion de visitar los ignotos lugares iluminados por los albores de la primera civilizacion humana, sobre cuyas llanuras perfumadas i las cálidas riveras del mar Índico palpitaban todavía las plantas de Alejandro.

La capital del orbe celebró sus triunfos, prolongando los espectáculos del circo por ciento veintitres días, en los cuales fueron muertos once mil panteras i leopardos.

*
* *

Allá entre el grupo de personajes consulares, el más alto de todos, que por sobre los haces i hachas de los liectores descuella su busto varonil i noble, con la frente ceñida de laureles, es el vencedor de Farsalia, de quien—dice Suetonio—acostumbraban gritar sus soldados en las festividades de sus entradas triunfales: *Ciudadanos, esconded vuestras mujeres que aquí os traemos al Calvo!*

Patricio eminente, de condiciones i calidades superiores á sus contemporáneos, se había anticipado á su siglo, viniendo á ser por el choque de los acontecimientos—que su talento escepcional concitó i dominó—árbitro, intermediario i representante, á un mismo tiempo, del ocaso i la infancia de dos épocas i dos civilizaciones.

Conocedor profundo de los hombres i las cosas, sabía cuán eficaz era la coercion de las impaciencias del corazon, i las ventajas que es posible reportar de las combinaciones i el cálculo. El enojo, la ira, el rencor conceptuaba debilidades lamentables, deprimentes á la dignidad de la persona, que no cabían en su perfecto temperamento.

Protagonista en transcendental drama mundial, tuvo que medirse con los primeros capitanes de su tiempo; resolvió el controvertido problema con el filo de su espada, i victorioso i omnipotente se alzó sobre el pavés i dictó leyes á las naciones de la tierra.

Al recibir la noticia del suicidio de Caton en Utica, exclamó: *Me ha envidiado la gloria de conservarle la vida!* Tomado integro el archivo de cartas de Pompeyo, le pegó fuego sin leerlas, para no verse obligado á castigar á los traidores.

Censor único, tribuno, dictador perpetuo, jeneralísimo, desplegó sus esclarecidos dotes intelectuales en la ardua reorganizacion de la república. Instituyó con su nombre egrejo título jerárquico, que aventajó en escenciones i prestigio al de príncipe i rei. Elevó á altísimo grado de cohesion i adelanto la disciplina, el espíritu de cuerpo i la instruccion táctica de los ejércitos.

Intimado á rendirse uno de sus lejonarios contesta: *Los soldados de César suelen conceder la vida á los demás —no recibirla de otros,* i se dá la muerte. Mil novecientos años más

tarde, obedeciendo al atavismo del valor heróico, responden los veteranos del último César, en idénticas circunstancias: *La guardia muere, pero no se rinde*; i los conscriptos paraguayos espiran dentro de los pantanos de Ñeembucú diciendo: *No tengo orden de rendirme*.



«Aquí, en este cortejo del segundo ángulo con estandarte verde i negro, ese guerrero armado de yatagan i curvado sable cubiertos de pedrería, de magnificencia i pompa orientales, con las piernas cruzadas sobre dorado cojin, de faz eburnea, presencia hermosa i tranquila—es el hijo del feroz Selim: Soliman el magnífico, que paseó su medialuna triunfante por las capitales de la cristiandad, i estuvo á punto de aduenarse de la Europa estremecida.

Leti, Pablo Jove i otros historiadores acusan á Carlos V, de haber distraído su miedo de encontrarse con los jenizaros del valeroso sultan en los campos de la Estiria i del propio Archiducado de Austria, con la esteril i aparatosa espedicion á Túnez i Argel. En la bahía de Temendfust perdió el emperador español parte de su numerosa escuadra de quinientas setenta velas; mientras en tierra emprendía su ejército una retirada desastrosa, i su misma persona corrió serios peligros, perseguidos por el almirante Kaireddin teniente de Soliman.

Despues de tomado Belgrado, sometido la Moldavia, Estrigonia, la Transilvania; arrojado á los madjiars á la orilla derecha del Danubio, trasladado á los búlgaros á Constantinopla, sitiado i conquistado á Rodas, vencido en la sangrienta batalla de Mohaez, incendiado la ciudad de Buda, arrasado á Pesth i assolado el país que la circunda hasta Raab, esterminado en dos meses cien mil húngaros i declarado cautivos setenta mil, dominado i rendido la Bohemia i remitido treinta mil austriacos á la capital del imperio—acaso hu-

biera conseguido llevar á término la postrera voluntad de su padre agonizante, á no detener Soliman su marcha ante las puertas de Viena.

Levantó inopinadamente el sitio, imponiendo una paz vergonzosa al archiduque Fernando, quien la aceptó lleno de complacencia. Adoptó como padre al jefe de los creyentes del islam, reconoció por hermano i protector al favorito Ibrain, i se declaró reo convicto i arrepentido de haber ofendido por *ignorancia* al gran monarca otomano.

Selim le había pedido en artículo de muerte, llevase la conquista adelante hasta penetrar jinete en la basilica de San Pedro, i dejar atado su caballo de la primera sangre en las columnas de oro del altar mayor; para mostrar al fanatismo católico que todo lo que existe debajo del sol es humano, i producto fatal de la imposicion del éxito. Que no hai sino un Dios, que no interviene en los sucesos, ni las acciones personales de los hombres; que rije los fenómenos de la naturaleza mediante leyes anteriores é invariables, i cuya justicia nada tiene de paridad con la nuestra.

* * *
*
* * *

«I aquel varón insigne de continente marcial i altivo, actitud severa i meditabunda, barba espesa, frente prominente cuadrada, nariz recta afilada, ojos dormidos, de fisonomía adusta i melancólica, con el labio superior lijeramente contraído por imperceptible é irónica sonrisa, al detener la vista en el escudo de Rómulo i las águilas capitolas, de cuyo brazo i hombro izquierdos cae flotante la púrpura soberana, insignia de autoridad de los omnímodos sufetas púnicos; de pie, recostado lijeramente, con la mano derecha en la almena de marfil sobre ese elefante blanco—es la encarnacion soberbia i augusta del jenio, de las aspiraciones, los ideales, la suerte i última esperanza de la poderosa, guerrera i mercantil Cartago.

En edad temprana, antes de alcanzar la adolescencia, su padre le había hecho jurar en Gades, sobre el ara de Melcarte, odio perdurable á Roma: juramento que decidió de su destino, i llegó él á anteponerlo en el andar del tiempo al sentimiento de la patria misma i, al cual, como á una deidad de nueva

especie, consagró sus anhelos, sus energías, su acción, su talento i su vida.

Educado en los duros ejercicios corporales á la vez que el estudio asiduo i constante de los campamentos, consiguió reunir á las ventajas físicas de un consumado militar todo el caudal de los conocimientos científicos, tácticos i estratégicos de su época.

Orador de elevada elocuencia, escritor elegante i erudito, guerrero sin rival, habilísimo matemático, dotado de admirable don de penetración, astuto, ingenioso, inagotable en recursos, ninguno reunía tan varia capacidad para las más complejas disposiciones: esponder un plan, formular un proyecto, trazar una campaña i ejecutarlos. Poseía la facultad de hacerse obedecer perentoriamente, la manera de cautivar la voluntad de sus soldados, el cariño, el respeto i la admiración de sus tenientes i subordinados. Diestro en equitación i el manejo de las armas, el primero en las marchas, insensible al sueño i las fatigas, galopaba sesenta millas sin descansar, pasaba noches seguidas sin dejar su montado, de ninguna manera se preocupaba del calor ni del

frió; insuperable i sereno en el peligro, dueño de la intuición que presiente i fija la victoria —era temible é invencible en las batallas.

Las ciudades i los pueblos sentían retemblar el suelo de Occidente, á la aproximación de sus lejiones i corceles; prosternábanse desconcertados ante los juegos de los vivacs de su lejano campamento, que con sus rojas cimbras elevándose hasta los cielos, proyectaban en los hondos valles lucha de espectros. Le miraban como á un ser extraordinario, invulnerable, inmensamente fuerte; celebraban sacrificios en el santuario de sus dolmenes i le aclamaban su libertador.

Aun se conserva el uso de encender, en ciertas noches del año, grandes fogatas sobre las alturas de Cortona, que producen á la distancia bellissimo efecto, i procede de las fiestas con que celebraron su regocijo los entuciasmados etruscos, creyendo recobrar su independencia, despues del desastre inflijido á los romanos en las orillas del Trasimeno.

Investido Aníbal, con la autoridad superior militar i civil de la España, á la edad de veintiun años, puso inmediatamente en pie

de guerra un respetable ejército, tan selecto como disciplinado, convencido profundamente que para librar á su patria de su terrible rival, era menester llevar la guerra al corazon de la Italia.

A raíz de haber vencido á Toledo i las dos Castillas, se encontró por primera vez, en las proximidades del Ebro, con sus implacables adversarios, aquellos famosos romanos, en vísperas ya de escalar la tierra, tomar posesion de las Islas Británicas, incendiar i sujetar el Africa i llevar su autocrática soberanía á las desconocidas planicies de la alta Asia.

I en presencia de ellos i á despecho de los tratados garantidos por la té pública, asedió, tomó i convirtió á su aliada Sagunto en un monton de escombros.



En la madrugada del 16 de Junio, año 218 antes de la era cristiana, anunció Aníbal á sus jenerales que se le había aparecido en sueño el dios patrio, mostrándole al fin de un camino bifurcado con tortuosidades de serpiente á Roma vencida, humillada, implorando de él la paz.

Levantó en seguida su campo i, á compás de los mil trompas i clarines, rompió marchas, llevando veinte pueblos diferentes rumbo á los Pirineos. Los transpuso—atravesó rápidamente las Galias, el Ródono i el Durance; i á últimos de Octubre encaramándose inaudito á las empinadas crestas alpinas, hundió sus garras de titan sobre sus nevadas cumbres, nunca holladas por planta humana i defendidas por eternas brumas i el cierzo de los ventisqueros.

Desde la cima sondeó i midió sus abismos. Valido de máquinas funiculares con dobles, triples i cuádruples cabrias, unidas por una combinacion de poleas recojidas por cabres-tantes, transportó los elefantes al otro lado de las quebradas i los precipicios; i tras estos lanzó sus masas de hombres i jinetes, como

hacinados aludes, que aplastaban i destruían cuanto se oponía á su paso.

Cinco meses de imponderables penurias, dificultades i desastres, que hacen subir las pérdidas sufridas á la inverosímil cifra de cuarenta i cuatro mil vidas, duró la gigantesca cruzada. En abril, despues de largo reposo i reorganizacion de su ejército, pisó las floridas i fértiles comarcas del Piamonte, corriendo sin detenerse al este-sud. Junto al Tesino le esperaba Cornelio Escipion, quien se apresuró á atacarle i fué completamente derrotado. En los valles del Pó, próximo á Trebia, batió al cónsul Sempronio Longo, i en las riveras del Trasimeno destrozó á los ejércitos enemigos reunidos bajo la dirección de Cayo Flaminio.

Roma aterrada elijió dictador á Quinto Fabio Máximo (cunctator), á cuya reconocida pericia i prudencia entregaba su salvacion.

Se declaró empero impotente para evitar que el cartajinés, prosiguiendo su marcha penetrara á la Italia Meridional, la Umbría, Espoleto, i asolase las rientes campiñas de Falerno, Másico i Sinuesa. Indignado Marco,

Terencio Varron á la sazón cónsul con Lucio Emilio Paulo, i sin escuchar las observaciones de sus cólegas, le llevó la ofensiva, presentándole en las orillas del Ofanto la gran batalla campal de Cannas, en donde quedó sepultado el poderío latino. Setenta mil cadáveres romanos atestiguaron lo decisivo, reñido i feroz de la acción.

Inmenso fué el triunfo conseguido, que Aníbal anunció á Cartago haciendo derramar en el recinto del senado una fanega de anillos de oro quitados á los senadores i caballeros muertos en la pelea. Jamás la frente de César se vió circundada por una victoria de esta importancia i de tan alto mérito. Sólo las batallas de Arbelas i Austerlitz ejecutadas bajo el mismo plan de guerra, los mismos reconocimientos nocturnos i los mismos ataques i cargas en orden oblícuo, dejaron caer laureles semejantes á los de Cannas.

Aníbal no sujetó su marcha de simoun hasta las murallas de Roma. A su vista, á corta distancia, se detuvo para contemplarla. Descubrióse respetuosamente ante el recuerdo

de Amilcar Barca (*); recordó el juramento que siendo niño prestó á presencia de él i, como testimonio de haberlo cumplido, clavó allí—límite del dominio i la soberanía de Cartago—su estandarte de caballo, cuyas largas crines agitadas por los vientos flotaban sobre la ciudad vencida, cual lúgubre augurio de las maldiciones de una nacion afortunada, que reclamaba de ella sus riquezas, su independencia i su libertad.



La indomable perseverancia de los romanos tuvo que sometersé á las más duras pruebas i soportar crueles angustias. Hubo un momento en que aterrorizados pensaron abandonar la patria desgraciada, trasladándose á otras rejiones. Se entregaron á sensurables

(*) Barca en lengua púnica significa el rayo.

aprehensiones i, en el paroxismo de la desesperacion, resucitaron las decaidas supersticiones etruscas i los sacrificios humanos. Se instituyeron juegos anuales en honor de Apolo, se preparó el lecho i la mesa á los dioses, se prometió una primavera sagrada i se enterraron vivos en el foro dos griegos y dos galos.

Un joven de epopeya que contaba apenas veinticuatro años, i sentía bullir en su corazon el sentimiento sacro del patriotismo, i llevaba en sus venas la noble estirpe de los Escipion—último vástago de aquella preclara familia que se había estinguido en los servicios del estado, defendiendo su relijion i sus hogares—trajo con su ejemplo la reaccion i el aliento á los desfallecidos espíritus, presentándose á reclamar la herencia de sangre dejada por su padre i tío al frente de las lejiones de Asdrubal en España, cuyo gobierno nadie se animaba aceptar.

Con la noticia de la toma de Cartajena, arsenal i granero de los cartajineses, renació la confianza perdida; se celebraron espléndidas fiestas públicas, i al prócer Escipion,

Publio Cornelio, se le dispensó en agradecimiento, el honor de ser elegido cónsul antes de la edad requerida. De regreso entonces, determinó, inspirándose en los mismos formidables proyectos del caudillo púnico i contra la opinion del gran Fabio, trasladar la guerra al Africa, como único medio eficaz de libertar á su abatida patria, i arrancar á Anibal de Italia.



En Lilibeo, puerto de la Sicilia, se llevó á cabo la vasta preparacion, al que concurrieron con sus recursos la mayoría de la península i numerosos aliados de Roma.

Muchos pueblos circunvecinos é innumerables soldados ocupaban las costas i alturas que rodean la rada, el día de la partida.

A bordo de la galera «Lelio», almirante

de la escuadra, que se distinguía de las demás por sus tres fanales luminosos, se mostró el ilustre jefe de la expedición. Fijos estaban en él los ojos de todo un continente: era á un mismo tiempo el objeto de secretos votos i la esperanza de las ciudades oprimidas.

Sus recientes victorias en España, donde vengara la muerte de su padre i tío; su conducta anterior decidida i valiente en los momentos terribles de comun consternación; i lo atrevido de la empresa, que él solo concibió, desechando la sorda oposición de los jenerales veteranos que desconfiaban del éxito—habían exaltado su personalidad por sobre toda otra alguna, despertando una ansiedad, un entusiasmo vivísimo de interés i prestigio nacionales.

Un heraldo tocó atención é impuso silencio, alzando su cetro. Escipion levantó la voz i exclamó: «¡Dioses i diosas de la tierra, ¡i vosotras divinidades del mar, conceded un éxito feliz á mi empresa! ¡Cédan mis proyectos en gloria del pueblo romano i de la mía! ¡Ojalá consigamos regresar un día á

«nuestros hogares, llenos de satisfaccion i cargados con los despojos del enemigo, i ¡ojalá Cartago sufra las calamidades con que había amenazado á mi cara patria!»

Dichas estas palabras, se consumó un sacrificio; i á la señal de las trompetas, cuatrocientas cincuenta naves, entre bajeles i triremes cubiertas de jente, se dieron á la mar.

*
* *

Un prolongado estallido, que repercutió de manera siniestra en la capital Africana esparciendo en su recinto la zozobra i el desconcierto, produjo el desembarco de Publio Cornelio en cabo Hermoso, al que él saludó con el significativo nombre de la fortuna de Roma.

Los movimientos rápidos de Escipion que atacó acto continuo á los ejércitos convina-

dos de los cartajineses i del rei de los gétulos, su aliado, coronados ámpliamente con la derrota i dispersion de éstos, cayendo prisionero Sifax i la toma de Túnez, llenó de terror á los desmoralizados habitantes de la opulenta ciudad de Dido.

I en su pánico i en su espanto i en su desesperacion recordó, recién, al gran capitán, a quien habia dejado más de tres lustros, abandonado á su propia suerte, lejos del centro de los recursos, al otro lado de los mares, en duelo á muerte con su tradicional i poderosa enemiga. En presencia del inminente peligro fué, pues, llamado i urjido, para que viniera á salvar la existencia de la patria agonizante.

Diez i siete años hacia que Aníbal mantenía en perenne jaque á la futura dominadora del mundo, devastando, arruinando, talando i ocasionándole epasmos mortales; pero sin lograr aniquilarla, á causa del olvido i la calculada indiferencia de Cartago.

Nunca ningun proscripto ilustre, al abandonar para siempre, su familia i amigos i encaminarse al destierro, esperimentó más hon-

da tristeza, más profundo dolor, más amargo despecho, que Aníbal, al dejar la tierra de Italia para volver á ver los hogares de su país. Derramó lágrimas de ira, acusó con dureza á sus conciudadanos, se quejó de su destino i de los dioses, i se arrepintió de no haber marchado sobre Roma al día siguiente de Cannas.

«Desembarcó en la costa de Africa—dice
«un eximio historiador—con los veteranos que
«habían atravesado como él, las Españas, las
«Galias i la Italia, veteranos que ostentaban
«más haces arrebatados á los pretores, á los
«jenerales i á los cónsules, que los con que
«todos los majistrados de Roma se hacían pre-
«cèder.

«Aníbal había estado treinta i seis años au-
«sente de su patria, de la que había salido en
«la niñez, i regresaba en la edad madura.
«¡Cuáles debieron ser las reflexiones de aquel
«grande hombre, cuando volvió á ver á Car-
«tago, cuyos muros i habitantes le eran casi
«extranjeros!

«Sus hermanos habían muerto; los compa-
«ñeros de su infancia desaparecido; las jene-

«raciones se habían sucedido; los templos
«cargados de los despojos de los romanos,
«fueron sin duda los únicos lugares que pu-
«do reconocer en aquella nueva Cartago.

«Si sus compatriotas no se hubiesen deja-
«do cegar por la envidia, ¡con cuánta admi-
«racion hubieran contemplado al héroe, que por
«espacio de treinta años derramara su sangre
«por ellos en una rejion lejana, cubriéndoles
«de inmarcesible gloria!

«Pero cuando los servicios son tan emi-
«nentes que sobrepujan los límites del agra-
«decimiento, no reciben otra recompensa que
«la ingratitud. Anibal tuvo la desgracia de
«ser más grande que el pueblo en que había
«nacido, i su destino fué vivir i morir en
«extraño suelo».

*
* *

La presencia de Anibal devolvió la tran-
quilidad á los amedrentados ciudadanos. Se-

renáronse los ánimos, se restablecieron el orden i la confianza comprometidos. Las manifestaciones de cordial simpatía exigidas por las circunstancias, con que fué recibido á su arribo, revistieron caracteres de sincero entusiasmo. El, sin embargo, no puso el menor empeño en disimular el mínimo aprecio que le merecía aquella turba de mercaderes sivaritas que, en medio de su pasajera prosperidad, anteponían á los intereses públicos el lucro de sus especulaciones, los sórdidos beneficios de sus negocios, ó conveniencias personales.

Tampoco podía olvidar Aníbal que en el senado de la república, un acaudalado comerciante de la aristocracia, hubiera presentado la cobarde proposición de la entrega de su persona á los embajadores romanos, como prenda de paz. Agregábanse á estos desdorosos antecedentes, diversas otras circunstancias no menos mezquinas; aparte de que los veteranos que volvían con él, compuestos de cartajineses, celtas, galos i ligurios, alcanzaban apenas á la tercera parte del numeroso ejército con que tramontó los Alpes;

el ningun valor que acordaba á las masas de concriptos recientemente instruidos i armados—él, que únicamente confiaba en la táctica científica i la disciplina severa—produjeron en su temperamento una nostalgia i desencanto enervadores.

En vano buscó la patria cual él se imaginó i había esperado encontrar. A su rededor no percibía sino una dilatada i lujosa ciudad, emporio de civilizacion i progreso materiales, rica en artes i adelantos plasmáticos, habitada por cientos de miles de personas, por densas agrupaciones de jente de todas condiciones sociales i hasta de dorada juventud; pero sin ideales, sin iniciativa, sin virtud cívica, con olvido total de las nociones altivas de la dignidad i del honor de una nacion independiente.

De cuán diversa manera se le presentaban las cosas por la parte enemiga. Un pueblo austero, de perseverante conducta, inmutables propósitos, con unidad de pensamiento i miras internacionales, cuna de esclarecidos patricios cuyo honorable senado había sido comparado por su alto celo i sabiduría á «un con-

sejo de soberanos»; que ante todo se preocupaba del bien público, dedicando i sacrificando intereses, bienestar, juventud i familias enteras á la causa indivisible, inalienable i sacrosanta de la patria.

Roma no se creía vulnerada en su orgullo al asimilar en la instruccion de sus ejércitos la nueva táctica de Anibal, el primero que dió la importancia debida á la caballería, adaptándola para los ataques en batalla, é imprimiéndole organizacion i condiciones ofensivas hasta entonces poco menos que ignoradas; el que modificó igualmente la viciosa rutina de los movimientos pesados i lentos sin base científica, i fué por último el que hizo conocer la estrategia de la gran guerra, abandonando las operaciones de trincheras previas, para dejar librada la accion del combate, en campo abierto, al talento técnico del jeneral en jefe.

El no envidiaba como Pirro mandar á los romanos, á quienes estaba acostumbrado á vencer con soldados mercenarios recojidos al acaso, ya fueran moros, baleares, brucianos ó españoles. La cuestion consistía simple-

mente en que estuvieran rejimentados bajo su dura disciplina i peleasen al sonido de su májica voz. Lamentaba sí que Cartago no estuviera á la altura de la grave é inmortal contienda; i tenía tan clara vision i conviccion de su situacion que solicitó una entrevista del jeneral romano, á objeto de proponerle la paz.



Escipion i Aníbal se avistaron al oeste de Sikka, distante cinco jornadas de Cartago, en el espacio que mediaba entre los ejércitos belijerantes. El universo se puso de pie para presenciar la conferencia de más extraordinaria transcendencia, que hayan registrado los anales de la humanidad. No se trataba ya de disputar en este postrer combate, una victoria sin consecuencia ó de pasajera su-

premacia, ni los muros de Roma ó de Cartago, sino la vida de una ú otra de las dos mayores naciones de la tierra.

Imponente solemnidad revistió el encuentro de los dos jeneralísimos, que avanzaron acompañados de lijera escolta. Cuando se hallaron frente á frente, un sentimiento de recíproca i mutua admiracion les dominó.

El primero reunía á los prestigios de una juventud distinguida, la esquisita urbanidad griega mezclada á la romana—adorno de los varones ilustres posteriores á los Fabricio, los Caton i los Mario—una caballerosidad cumplida i las jenerosas impulsiones de la magnanimidad. De instintos delicados, bondadoso i noble, era amigo de los hombres, «protector del infortunio i de la hermosura» i atraía por irresistible afecto.

El segundo frfo, severo, sin entrañas, (5)

(5) Con ocasion de haber leído á nuestro mui estimado amigo el catedrático i hombre público, Don Manuel Domínguez, durante una visita que nos hizo, los párrafos precedentes relativos al glorioso vencedor de Cannas, recibimos al siguiente día de él una ininteresante carta, en la que impugna con notable habilidad uno de los concep-

desdenoso de todo lo que no respondía á las reglas fijas del arte, no esperaba más que de las combinaciones i líneas matemáticas, ni confiaba en otra cosa que no fuera la po-

tos emitidos en nuestro trabajo, protestando su modificación, á mérito de las elocuentes razones por él aducidas i su inmensa admiración hacia el inmortal héroe púnico. I aunque participamos sinceramente de su alta admiración por el *Leon incomparable de la Libia*, resolvimos no volver á tocar, ni introducir variación alguna en nuestro manuscrito, prefiriendo en cambio insertar, como lo hacemos á continuación, la espesada epístola para satisfacción del ilustrado joven profesor.

«Mi estimado amigo Godoi :

He reflexionado sobre un concepto de Vd. acerca de Aníbal, y me permito comunicarle mi manera de pensar respecto de ello.

Vd. le califica á Aníbal de *no tener entrañas*, si no recuerdo mal.

El punto es ciertamente para meditarlo: 1º porque cuanto conocemos de ese guerrero sin igual, lo debemos á plumas enemigas; 2º porque historiadores serios como Monsen sostienen que la crueldad que le atribuyen los romanos era una inicua calumnia; 3º porque los actos sangüinarios que se dice cometió se esplican perfectamente por las circunstancias que los motivaron; 4º porque debemos de tener mui en cuenta las costumbres i el derecho de gentes reinantes en aquella época, en que las leyes de la guerra eran mui distintas de las de ahora.

tencia de sus leijones i su prodijioso jenio. Careciendo de las altas cualidades del corazon, no escitaba propiamente cariño, pero en cambio despertaba inmensa admiracion.

Julio César, sin embargo de haber mandado acuchillar á poblaciones enteras, y sin embargo tambien de haber hecho cortar las manos á miles de galos en cierta ocasion, pasaba por clemente!

¡Y á Anibal se le critican ciertos actos estremos que eran absolutamente necesarios en su desesperada situacion!

¿Qué debía de hacer por ejemplo de los soldados que no quisieron seguirle al embarcarse para Cartago?

¿Dejarlos en Italia? Esto hubiera sido mui cómodo á los romanos, pero nó para el que iba á luchar por la patria con la desesperacion del héroe, y que necesitaba dar un severo ejemplo á los pocos soldados fieles que le restaban, para no perder hasta la última probabilidad que tenia á su favor.

¿Que odiaba á los romanos?

Es la más grande de sus virtudes porque ese odio mide la intensidad de su patriotismo. Veía que Roma ó Cartago desaparecería al fin del mapa antiguo.

Además hay otras consideraciones: ¡nunca los héroes como Anibal son hombres sin entrañas!

No parece sino que esas almas sublimes carecen siempre de los vicios de los malvados vulgares, y siempre tambien van embellecidas por otras virtudes.

Si una que otra vez cometen una falta, por esta no debe

Ambos gozaban de imperecedera celebridad: aquel por sus virtudes i su piedad hacia los dioses, este por sus victorias y la leyenda de sus empresas; i uno i otro con las condicio-

calificárseles, como no se juzga á Alejandro por el asesinato de Clito ó á Bonaparte por la muerte del duque de Enghien.

No seamos pues como los españoles ó alemanes que escriben la historia de Napoleon I, ó como los romanos que escribieron la historia de Aníbal.

Quizá éste tenía mas entrañas que los latinos que le llamaban desalmado.

Una última consideracion: Aníbal estaba dotado de una poderosa elocuencia y este don divino supone una sensibilidad esquisita de que carece por naturaleza el hombre cruel.

En sus arengas al ejército cuando recuerda á las madres cartaginesas desoladas, en sus discursos políticos cuando pinta las desgracias de la patria y su triste porvenir, en sus palabras á Antioco cuando esplica como cumplió su juramento desde niño, se vé que las ideas brotan del corazon, única fuente de donde puede manar la verdadera elocuencia.

¡Nó, no pudo haber tenido fibras de bronce aquel gran corazon, en donde vibraban tan dulces y conmovedores sentimientos!

Poned la elocuencia de Aníbal en los labios de un bárbaro como Tamerland ó un salvaje como Gengis-Khant y el absurdo salta á la vista. Sólo de los labios del héroe ó

nes de la superioridad i del carácter, para personificar á sus grandes patrias en la pasmosa disputa del imperio del mundo.

Escipion enmudeció de sorpresa al ver ante sí al insigne caudillo que durante diez i siete años había hecho una guerra de pasion, esparciendo el terror sobre la ciudad del Tíber; el invicto cartajinés que á las ventas en subasta, que hacía Roma, del terreno que pisaba en Italia, él contestaba con la venta

de las almas verdaderamente bellas brota el torrente de la elocuencia sublime.

Créame, créame, amigo, los grandes oradores nunca son hombres *sin entrañas*.

Protesto, pues, contra el concepto en cuestion, y llevo mi impertinencia hasta el punto de rogarle se sirva modificarlo, para que su hermoso libro pueda aplaudirlo sin reserva.

Vd. me perdonará en mérito de nuestra íntima amistad y de mi inmensa admiracion al «Leon incomparable de la Libia».

Le aguardamos Manuela y yo á las 6 p. m. para comer. Tengo ánsias de hablar de historia, de literatura, menos de política.»

Sic. Enero 7 de 1897.

Su afmo. y S. S. S.

Quinta Peña.

Manuel Domínguez.

pública de los monumentos, los templos i del Capitolio: aquel invasor despiadado que dispuso de la vida de trescientos mil romanos i arrasó villas i pueblos florecientes; el que declaró, en fin, que ya no existían Alpes, i que recorriendo las siete colinas, meditaba, despues de Cannas lo que haría de su patria!

*
* *

Aníbal le sacó de su asombro, dirijiéndole con majestad oriental, la palabra en estos términos —

«Escipion.

«Puesto que el hado ha querido que Aníbal, después de comenzar las hostilidades contra el pueblo romano, después de haber tenido tantas veces la victoria en sus manos, se decidiese á venir en demanda de la paz — me felicito porque la casualidad me haya

«dirijido á tí más bien que á otro. En lo
«sucesivo podrás contar entre tus otros títu-
«los de gloria, como uno de los principales,
«haber visto á aquel Aníbal que ha vencido
«á tantos jenerales romanos, retroceder de-
«lante de tí solamente, i haber terminado
«esta guerra, señalada por vuestras derrotas
«antes que por las nuestras.

«¡l observa otro capricho de la fortuna!
«Tu padre siendo cónsul, fué el primer jene-
«ral enemigo á quien me he dejado ver en
«Italia con las armas en la mano, i ahora
«vengo á pedir desarmado la paz á su hijo!

«Pluguiera á los dioses haber inspirado á
«nuestros predecesores bastante moderacion
«para contentarse, los vuestros con el domi-
«nio de Italia, los nuestros con el de Africa.
«La Sicilia i la Cerdeña no valen para voso-
«tros las flotas, los ejércitos i los ilustres
«generales que os han costado. Pero olvi-
«demos lo que ya pasó; porque se puede la-
«mentarlo i no rehacerlo. A fuerza de ape-
«tecer el bien ajeno, hemos puesto en peli-
«gro nuestras propias posesiones, i hemos

«tenido guerra—vosotros en Italia, nosotros
«en Africa.

«Has visto á los cartajineses acampados á
«las puertas de Roma i sobre sus murallas las
«enseñas i las armas enemigas; hoi resuena
«en el recinto de Cartago el estruendo de
«un campamento romano.

«El objeto de nuestras alarmas más crue-
«les, de vuestros deseos más vehementes, se
«han conseguido ya: en el momento en que
«se trata de la paz, la fortuna está de vues-
«tra parte; i nosotros que tratamos, tenemos
«el mayor interes en concluirla, gozando de la
«seguridad de que nuestras repúblicas ratifi-
«carán todos nuestros actos. Solamente ne-
«cesitamos ánimo bastante tranquilo para no
«rechazar las disposiciones pacíficas.

«Por mi parte, que salí niño de mi patria,
«i vuelvo á ella cargado de días, en la tarde
«de mi vida, una larga esperiencia de la pró-
«pera i adversa fortuna me ha enseñado á juz-
«gar de las cosas por la razon, nó por los
«acontecimientos. Tu juventud i la felicidad
«que aun no te ha abandonado, temo te ha-
«gan acaso enemigo del reposo; porque en el

« caso próspero cuando la suerte jamás nos
« ha engañado, no se fija la atención en los
« contratiempos.

« Tienes la edad que yo contaba en Cannas
« i Trasimeno. Elevado al mando apenas cum-
« plido los años del servicio, todo lo acomete-
« stiste con extraordinaria audacia: la fortuna
« no te faltó ni un solo momento. Al vengar
« la muerte de tu padre i de tu tío, has en-
« contrado, en los mismos desastres de tu fa-
« milia, ocasión para hacer brillar con res-
« plandor vivísimo tu valor i tu piedad filial.
« La España estaba perdida; tú la has recon-
« quistado, arrojando de aquella provincia cua-
« tro ejércitos cartajineses. Creado cónsul en
« el instante en que, desanimados todos los
« romanos, renunciaban á defender la Italia,
« has pasado al Africa; aquí has destruido dos
« ejércitos, i á la misma hora has tomado i
« quemado dos campamentos; hiciste prisio-
« nero á Sifax, ese rei tan poderoso; has arre-
« batado considerable número de ciudades á su
« dominio i á nuestro imperio; en fin, cuan-
« do después de diez i siete años me creía

«seguro del dominio de Italia, me arrancas de allí.

«Puedes por secretas miras preferir la victoria á la paz. Conozco caracteres que anteponían la gloria al interés; yo en otro tiempo tuve las mismas ilusiones. Mas sin citar á otros, en mi tienes elocuente ejemplo. El que te habla como suplicante es ese Aníbal que acampado entre el Anio i el Tiber, próximo á asaltar á Roma, deliberaba sobre lo que haría de tu patria. Hoi me ves llorando la muerte de mis dos hermanos—guerreros tan valerosos como capitanes ilustres—detenido ante las murallas de mi ciudad casi sitiada.

«Medita lo que he sido, i aprende á conocer la volubilidad de la fortuna i las vicisitudes humanas.

«He llevado el espanto á los campos de tus padres, i ora me veo precisado á pedirte evites á mi patria iguales calamidades. Al darnos la paz en medio del curso de vuestras prosperidades, te honras; nosotros que la pedimos, cedemos únicamente á la necesidad. La paz cierta es mejor que el triunfo

«esperado: la una está en nuestras manos,
«el otro en poder de los dioses. Si piensas
«en tus fuerzas, no olvides tampoco las al-
«ternativas de la guerra. Por ambos lados
«habrá hierro i brazos; i nada es tan inseguro
«como la suerte de las armas. Un momento
«puede arrebatarte tus glorias i tus espe-
«ranzas.

«Si consientes en la paz eres dueño, Pu-
«blio Cornelio, de tus destinos; si combates,
«entregarás tu porvenir i los trofeos que has
«conquistado al capricho de la casualidad.

«M. Atilio hubiese sido citado como raro
«ejemplo de felicidad i fortaleza en la tierra
«si, despues de la victoria, hubiera querido
«conceder la paz á petición de nuestros pa-
«dres.

«No supo poner límites á su prosperidad,
«ni contener el vuelo de su fortuna; i cuanto
«más gloriosa fué su elevacion, más humi-
«llante fué su caída.

«Sin duda pertenece al que otorga la paz,
«i no al que la pide, dictar las condiciones;
«pero tal vez no somos indignos de pronun-
«ciar nosotros mismos nuestro castigo».

.....

Terminó Anibal ofreciéndole como base del acuerdo, la cesion de España, Sicilia i Cerdeña. Escipion contestó desechando como insuficientes las proposiciones de la paz; pero estuvo mui lejos de alcanzar, no obstante su reconocida cultura intelectual, á la olímpica elocuencia del jeneral púnico.

Rotas las negociaciones se entregaron con actividad á los preliminares del combate.

*
* *

Roma al lanzar sus águilas á los cuatro vientos, para que aprisionaran entre sus garras de hierro estados i continentes, decía á sus capitanes: «el mundo ó nada»; de la misma manera que las madres espartanas á sus hijos, al marcharse á la guerra: «vuelve con el escudo ó sobre el escudo».

Esta ciudad famosa reunía en sus costumbres, su educacion i exaltado patriotismo, elementos superiores capaces de cimentar el predominio más allá de sus fronteras. Cualesquiera de sus cónsules civiles, tribunos ó pretores, estaban versados en las letras, la oratoria, los asuntos políticos, la jurisprudencia, i poseían aptitudes para dirigir i mandar un ejército.

El uso de la toga se adquiría en los escalones de la Tribuna de las Arengas, en el *Forum*, por aclamacion popular mediante servicios relevantes en que se justificaran la competencia i el mérito, en los campos de batalla, ó en medio de los grandes triunfos. (6)

(6) Publicamos á continuacion el elocuentísimo discurso pronunciado por el inolvidable académico doctor Aristóbulo del Valle en la fiesta de colacion de grados del 8 de julio de 1895, protestando aunque en forma delicada i cultísima, —como acostumbraba ser en todos los actos de su vida aquel egrejo estadista i sabio hombre de letras— contra el centenar de diplomas, que firma anualmente el rector de la universidad de Buenos Aires, á favor de los comprendidos en el veredicto de fin de curso de las facultades de ciencias sociales.

Constituía la primera prerrogativa del ciudadano, la de ser soldado; i no se menciona

El ilustre catedrático de derecho constitucional tuvo el coraje bastante para señalar á la *vieja i querida universidad* que ya *habla servido con demasia*, hasta el abuso, á las *exigencias actuales del foro*, invistiendo periódicamente con la toga del doctorado á tantas intelectualidades mediocres, sin saber ni talento, é indicar á la vez la necesidad imperiosa de *levantar la enseñanza del derecho á las rejiones de la verdadera ciencia; restableciendo la facultad de humanidades sobre la base sólida de la filolojía, de las letras clásicas i de la crítica histórica.*

Esta valiente i patriótica declaracion le acarreó al eminente orador los enconos envenenados de la inepta rutina, que incapaz de manifestársele en vida, se vengó de él, pretendiendo proscribir de las aulas universitarias, por medio de sus conspícuos representantes los Alcorta, los Obarrio i los Escalante, el artístico busto de bronce con que el cariño de sus discípulos mui amados querían honrar i perpetuar la memoria del llorado profesor.

El doctor del Valle en el brevísimo tiempo de los nueve meses que ocupó su cátedra, hizo mas por el nombre, la dignidad, el método i la enseñanza científica del primer centro de ilustracion de la República que los mencionados escolásticos en 19 años!

Hé aqui el notable discurso:

Señoras, señoritas, señores:

Esta casa es ordinariamente triste. Los alumnos llegan en las primeras horas de la mañana y rodzan al profesor

ejemplo de que ningún joven patricio se hubiese sustraído á esta cita de honor, piedra

que sube á la cátedra con la preocupación de su enseñanza; el patio estrechó no se anima sino momentáneamente durante el intervalo de una clase á otra; terminada la última conferencia, maestros y discípulos se retiran y las salas desiertas se clausuran para no reabrirse hasta el día siguiente. Una sola vez en el año cambia el aspecto de la casa, de los profesores y de los estudiantes, porque la facultad abre sus puertas para consagrar los nuevos doctores en presencia del señor rector de la universidad. La costumbre es tradicional y viene de lejos. Al principio, la ceremonia tenía lugar en el templo con la pomposa solemnidad de los actos oficiales. El rector vestía túnica con encajes y esclavina blanca, dos maceros con capa de color de grana llevaban las insignias universitarias, como los lictores romanos llevaban las faces de los cónsules, y el nuevo doctor recibía gravemente el bonete simbólico, los guantes immaculados y el anillo, que era signo del honor adquirido en la cultura de las ciencias y en la profesión de la sabiduría: desde ese momento podía sentarse en la cátedra y enseñar.

El tiempo, ese gran maestro, como le llamaban los antiguos, ha transformado aquella ceremonia, que todavía conservan las universidades de Oxford y de Cambridge, en una fiesta que nuestros predecesores habrían tenido por mundana. Los maceros han desaparecido; el señor rector no lleva túnica; ni buceta; los jóvenes graduados no se pondrán el bonete doctoral en nuestra presencia; la familia ha penetrado en el claustro, nuestra sala se llena actualmente

angular i punto de partida del renombre, la inmortalidad i la gloria. El valor i el he-

con flores más sensibles que la mimosa, la divina armonía canta esperanzas y los maestros levantan la cabeza cargada de fatigas para saludar con una sonrisa el éxito de la juventud. Sin embargo, no hay motivo para que se alarmen los cultores del pasado; la ceremonia no perderá sus caracteres peculiares. La mujer está bien en todas partes, y los siglos no separarán jamás al elocuente doctor del siglo XII de la figura dolorida que ha incorporado los gritos de la pasión á las letras clásicas; las señoritas de Boston representan las tragedias de Sófocles y seguramente fué una mujer, una madre la que condujo el primer niño á la primera escuela. La música entraba en el *quadri vienu* de las universidades de la Edad Media, al lado de la aritmética, de la geometría y de la astrología; y he leído hace poco, que un santo del siglo XVI dejó prescripto como regla de su oratorio, que los padres se unieran á los fieles para excitarse á contemplar las cosas celestes con las armonías musicales. La juventud es hermosa como la mañana y ninguna alma buena se defiende del regocijo de sus triunfos; ¿por qué no celebráramos este año fecundo? El labrador sonríe cuando reverdece el campo trabajado.

Para que la ceremonia no pierda sus rasgos primitivos al través de la mudanza de los tiempos, basta que repitamos la plegaria del poeta, en la vieja lengua del Lacio que la humanidad civilizada no quiere olvidar, porque ninguna otra, excepto el griego, ha dicho las bellas cosas de la vida con acentos tan puros.

roismo se reputaban calidades jenéricas, que no se invocaban á guisa de fundar título.

Di, probos mores, docili juventud,
Di, senectute placido quietem,
Romulœ genti date remque, prolemque
Et decus omne!

¡Dioses, dad costumbres puras á la dócil juventud! ¡Dioses, dad plácida quietud á los ancianos y á la raza de Rómulo dadle riquezas, prosperidad y todas las glorias!

Señores: Pidámosle al Dios de nuestros padres fortaleza y virtud para la raza argentina.....

Y ahora, recordemos lo que cuenta Luciano de Samosata. Fatigado Júpiter de las querellas de los hombres, envió á la justicia superior para que decidiera los pleitos que las ciencias y las artes habían promovido contra algunos mortales. (Como el asunto es profesional, debe interesar á los nuevos doctores).

La Retórica acusó á un sirio porque la había abandonado después de conquistar fortuna y gloria con sus dones. El sirio contestó que la Retórica había cambiado de vida, que se acicalaba el rostro, se pintaba los ojos y el cabello y sacrificaba á esos artificios la reserva modesta, la ingenuidad y el noble desinterés que había amado tanto en ella el orador de Peanea. El sirio fué absuelto y desde entonces la Retórica no goza de buena fama.

Dejémosla, pues, de lado y volvamos el pensamiento con simplicidad, á las ideas más graves que sugiere esta ceremonia.

La estadística de la facultad de derecho es una revelación.

Era un pueblo por exelencia legal, de derecho á la vez que de fuerza. Cuando no

De los 187 alumnos que han ingresado este año en nuestras aulas, 95 han llegado de las provincias de Cuyo, del norte, del litoral y de las selvas del Chaco. ¡Que sean bienvenidos! Serán los mejores obreros de nuestra nacionalidad, porque borran los últimos vestigios de las fronteras interprovinciales trazadas en un año de demencia política. Más tarde vendrán los hijos de los colonos del Chubut, de sangre sajona, fecunda en todas partes para la libertad, y en pos de ellos, los niños de todas las razas que hayan nacido bajo la bandera argentina en la inmensa Patagonia, protegidos de las tempestades del occidente por las más altas cumbres de la cordillera de los Andes. Ahora la universidad de Buenos Aires ha conquistado, definitivamente, el carácter nacional de las instituciones que deben durar lo que dure la vida de nuestra república, y si no temiera caer en la exageración, agregaría que dentro de cincuenta años será el foco luminoso de cuatro repúblicas, que en la dignidad de la vida independiente no olvidan la fraternidad del pasado y nos envían sus hijos mejores para que honren nuestra casa con sus talentos.

Pero la universidad no es una universidad tal, que pueda abrazar todos los intereses nacionales, y creo que es llegado el momento de que ella misma lo declare en términos explícitos. Estoy persuadido de que si todas las madres argentinas asistieran á esta fiesta, no habría una sola que no ambicionara el título doctoral para el hijo amado de sus entrañas, y sin embargo, si el cielo escuchara la plegaria

bastaba lo primero, se valía de lo segundo. Ahí estaba el secreto de su constante éxito i

materna, decretaría la desgracia de los hijos y la ruina de la república.

Si la juventud se aglomera en los claustros universitarios, no tardará en llegar para ella la vida difícil y precaria. Hace diez años, en 1885, ingresaron en esta facultad 29 alumnos; en 1895 han ingresado 187. Hace diez años todos los matriculados eran 142, hoy día llegan á 794. Siguiendo la misma proporción, en diez años más serán 4000! Es difícil imaginar lo que llegaría á ser una nación de 6.000.000 de habitantes con 4000 abogados. En la ciudad de Buenos Aires, donde el foro argentino tiene su *sede*, son 500 los que en la actualidad practican y parecen muchedumbre, ¿qué sucederá el día en que lleguen á 2000? La cifra es aterradora. ¿Faltará acaso destino más útil ó más digna aplicación á la actividad intelectual del país?

Setenta años atrás se discutía en un congreso argentino cuál era el sistema de gobierno más adecuado para reconstituir la unidad nacional, y el orador elocuente del federalismo describía el territorio de una provincia que produce los frutos más preciados del orbe, el añil de flores rojizas, de cuyo tallo macerado se extraen todos los matices del azul, la grana de Guatemala, la caña de azúcar, maderas selectas, el algodón, el salitre, y como si esto no bastara, abría los senos de la tierra para mostrar el hierro descompuesto por los fuegos subterráneos como se encuentra en la Siberia y en la isla de Elba: hablaba de Santiago del Estero. Si al fin del siglo volvemos los ojos hacia aquella infortunada provincia, la encontramos extenuada por la mi-

omnipotencia. El sol de la civilización romana alumbró, con indiscutible hejemonia, el

sería, entre las portentosas riquezas que le otorgó el Creador.

Dorrego denunciaba los tesoros de La Rioja y de Catamarca, que explotados debían hacer bajar el precio de la plata en el mundo, y el cerro de Famatina, equiparado al de Potosí, se conserva todavía intacto; San Luis acaba de encontrar en sus montañas los mármoles transparentes que los Césares buscaban para decorar sus palacios, y en las provincias de Cuyo se cultiva la viña como en Corinto; hay lagos de petróleo y minas de oro en nuestras montañas y desde la cordillera hasta el Atlántico se dilatan planicies feraces, donde se pueden sembrar granos y apacentar ganados para abastecer la Europa. La raza argentina, sobria, inteligente y fuerte, debe pesar en los destinos del mundo, cuando la América sea el centro de una nueva civilización, y con las perspectivas de tan altos destinos, no es posible consentir que las generaciones selectas de nuestro tiempo extravíen su camino para llegar, oprimidas por la necesidad, á las sórdidas contiendas de la curia, que depravan el carácter, ó á enredarse en la enmarañada madeja de la política de aldea, sin horizontes y sin ideales, dejando de lado las artes, la industria, el comercio, la verdadera ciencia y las verdaderas letras. Cada generación de hombres tiene la responsabilidad de esa obra, sin otra excusa que la fatalidad de las leyes históricas que pesan sobre su destino, y ha llegado el momento de averiguar si haríamos obra buena llamando á nosotros la juventud argentina para alimentarnos con los jugos de su vitalidad, ó

hemisferio boreal durante nueve siglos. I, á haber complementado sus conquistas con la

si es nuestro deber señalarle nuevo rumbo para que busque su bienestar por camino más seguro. La verdad suele dejar en los labios un sabor amargo, porque suele ser amarga la semilla que después de germinar produce las flores más hermosas y los frutos más dulces.

La vieja y querida universidad debe subsistir y subsistirá para alumbrar la vida nacional con los destellos de los altos estudios. Ya ha servido con demasia las exigencias actuales del foro, y ahora le corresponde levantar la enseñanza del derecho á las regiones de la verdadera ciencia, restablecer la facultad de humanidades sobre la base sólida de la filología, de las letras clásicas y de la crítica histórica y reclamar con su poderosa autoridad moral la creación de las *universidades del trabajo*, que podrían comenzar con una escuela de artes y oficios, ó con una escuela de las bellas artes, que no por ser bellas dejan de ser útiles.

Savigny no habría fundado la escuela histórica del derecho si no hubiera enriquecido su espíritu con el estudio profundo de las costumbres y de las antigüedades romanas, pidiendo ayuda á las medallas, á las inscripciones, á los monumentos, para interpretar los textos ambíguos ó mutilados. Que las raíces vayan hondo para que el tronco sea más vigoroso y más verde el follaje; así crece la encina que vive siglos, así crece el ombú que los pobladores de Buenos Aires trajeron de las lagunas del Iberá. Una facultad de ciencias sociales no es siempre escuela de abogados, sino también escuela de estadistas, y si bien

unidad estética i el sentimiento artístico, habría legado á la posteridad, á la par de Grecia, su idioma oficial: la lengua latina.

*
* *

Aut nihil aut omnia—dijo Escipion al regresar á su tienda, como esplicacion sintética

es cierto que Rivadavia no cursó aulas universitarias y que Sarmiento aprendió la ciencia del hombre argentino en el anfiteatro mismo de la vida nacional, donde los partidos embravecidos y los caudillos desaforados dilaceraban la república, sin dejarla de amar, también es cierto que los pueblos no pueden confiar su porvenir al acaso afortunado de que aparezca un hombre excepcional en cada edad, para que tome la dirección del espíritu público y los salve de la barbarie.

Pero no debemos olvidar que en los pueblos modernos el comercio gana consideración sobre la toga, y no sería aventurado afirmar que durante todo el siglo XIX no se ha reimpresso uno sólo de los infolios que decoraban la biblioteca de los graves doctores y respetables camaristas que fundaron esta universidad, sin que sea posible lamentarlo,

con que velaba la razón efectiva de la grave responsabilidad que acababa de asumir. Pre-

porque ahora se sabe que la civilización humana debe más a las aventuras lucrativas de los mercaderes fenicios que a las sutilezas de los sofistas griegos.

La industria, después de trabajar el pan del hombre bajo todos los climas, embellece la existencia con la cooperación de las artes del dibujo que le prestan ayuda como para fructificar su buen derecho a la resistencia en este siglo positivista, después de haber servido, en su hora, al sentimiento religioso y propagado la fe cristiana con las visiones místicas del Renacimiento. Las ciencias físico-naturales prosperan en el mundo por sus aplicaciones útiles, y se puede asegurar, que si la humanidad no camina para atrás, no volverán los tiempos del ergotismo escolástico, ni se le preguntará de nuevo a los astros el destino de los imperios.

Por otra parte, la labor intelectual no se ha limitado nunca al cultivo de las ciencias y de las letras. Los artífices de Tanagra modelaban en barro su pensamiento con líneas graciosas; el pintor remueve ideas como el poeta y canta la belleza de lo creado en estrofas compuestas con los rayos de la luz. Miguel Ángel no fué inferior al Dante, y hoy día, un artista de genio esculpe en bronce una puerta que será más grandiosa que la de Ghiberti, porque ya se la anuncia como *libro de alta metafísica y de profunda psicología*, donde aparecen todos los desfallecimientos de la vida, las pasiones voraces, la embriaguez de la pasión, la eterna duda, todas las angustias, y todos los sollozos del alma.

sentó el plan de la batalla á sus jenerales, impartiendoles instrucciones precisas, i los despachó á que ocuparan sus puestos.

Las cornetas resonaron en el campamento,

El temor de que un equivocado concepto de las conveniencias privadas engendre males para la república, me ha inducido á señalar peligros futuros que pueden evitarse con prudencia; pero no interpretaría bien mi pensamiento quien creyera que estimo en poco la carrera que profeso. En frente del abogado que flageló Juvenal pintándole con la espuma de la mentira sobre los labios, aparece la figura serena de Chauveau, Lagarde, el defensor de María Antonieta y de Carlota Corday, á quien recuerdo, entre todos, como homenaje de gratitud, porque también defendió, con igual elocuencia y con éxito más afortunado, al general Miranda, el precursor de la independencia sudamericana, cuyo nombre figura en la lista gloriosa del Arco de la Estrella. Daniel Webster, en el norte de este continente, y Mariano Moreno en nuestra propia historia, dicen los beneficios de esta profesión cuando se desempeña noblemente, con desinterés, con probidad y con talento.

Volvamos á nuestra fiesta, para terminar. Todos los que nos encontramos reunidos en esta sala nos sentimos atraídos recíprocamente—parece que voces amigas nos dijieran al oído que son comunes nuestras alegrías—juntémonos en un voto supremo por la felicidad de este núcleo brillante de juventud, que según el bello concepto de uno de los espíritus literarios más finos de nuestro tiempo, *ama y admira, como se debe amar y admirar: con exceso.*

i á sus aires marciales el ejército se ajitó en movimientos compactos i regulares, aproximándose hacia los cartajineses. Las leñones V i VI, diezmadas i casi estinguidas en Canas, marchaban á la vanguardia. Doce lictores con varas i hachas i una águila de oro precedian de cerca á Escipion, sobre cuya frente juvenil brillaba la esperanza.

Anibal formó sus fuerzas en los campos vecinos á la ciudad de Zama, junto al Ket (Naragarra), colocando al frente ochenta elefantes, convenientemente armados. En la primera línea dispuso los continjentes auxiliares; los cartajineses en la segunda, i los brucianos quedaron formando la reserva. Su vieja caballeria, remontada en el doble opuso á la romana, i la nómida en el ala izquierda á la de Masinisa, aliado de Roma. «Arengó con palabras de fuego, empleando diversos idiomas i distintos dialectos, á aquella confusa mezcla de hombres que nada tenian de comun entre sí, ni la lengua, ni las costumbres, ni las leyes, ni las armas, ni los trajes, ni el aspecto, ni los intereses.» Dió dos ó tres órdenes breves i secas á Mahar-

bal, su lugarteniente, i esperó firme que Escipion iniciara el combate.

Un músculo de la cara, ni la menor contraccion en su impasible fisonomia revelaban las impresiones del *Leon de la Libia* que, con su semblante habitual de fría indiferencia, dominaba é imponía en aquel momento supremo. Sólo en el fondo sombrío de su ojo sano, el izquierdo, parecía reflejar algo como el espejismo tenebroso de celestes rayos, que estallaban en silencio, sin violencia i sin ruido, cada vez que las divisiones romanas desfilaran á lo lejos.

Estas dieron la señal del ataque, prorrumpiendo en tan terrible vocinglería que envolvió á ambos campos en prolongado i vibrante rumor.



Conocido es el resultado de la jigantéa accion, que fué adversa para Cartago; mas

¿quién sería el osado que se atreviera á re-
criminar al glorioso vencido, por qué no sal-
vó su ejército con una retirada á tiempo?

Napoleon se preocupó de esplicarlo duran-
te las noches sin sueño de Santa Elena, en
que abstraído del vértigo de su poderío pasa-
do, se entregaba á meditar i escribir los gran-
des hechos que había realizado. ¡Cuán dig-
no historiador de semejante héroe! Desgra-
ciadamente la muerte enmudeció prematura-
mente al nuevo Aníbal, antes de que hubiese
consumado el trabajo; i el mundo que se ha-
bia preparado á escuchar la emocionante re-
velacion, volvió á quedar sumerjido en pro-
funda oscuridad.

Aníbal es el mayor capitán de la historia
desde Ramesses III, hasta la aparicion en la
escena humana del teniente de artillería, sa-
lido de una isla del Mediterráneo unjida la
frente por un pontífice máximo con el oleo
santo de los reyes de Isrrael, para que pu-
siera el pie sobre la garganta de Europa i
la hiciera marchar al redoble de los tambo-
res. «Es cierto que el eminente Africano ni
tuvo el sublime heroismo de Alejandro, ni

los talentos universales de César; pero escedió á entrambos como guerrero».

* *
*

«Joven guerrero—continuó la profética vision—señalando con el dedo el libro de Cloto, abierto ahora i con la fecha: 26 de Enero de 1867—escrita en la página en blanco—si en el dia de hoy te embarcas á recorrer la corriente de este rio, nos volverémos á ver el 7 de Febrero próximo; si nó, hasta el siglo venidero». I al terminar su última palabra adelantó un paso, y le tocó con el extremo inferior de su larga trompeta el pie izquierdo. Instantaneamente un estallido espantoso le hizo dar un salto á Díaz, que de un tiron desnudó su espada i se puso en guardia.

Entonces pudo comprender que la última

bomba arrojada por la escuadra brasilera, había explotado cerca de él, cubriéndole de fragmentos i tierra, sin causarle el menor daño. La valkiria había desaparecido.

Díaz volvió á envainar su sable. Se detuvo algunos momentos, procurando ordenar i fijar en la memoria las mil ideas semiborradas de su extraordinario sueño, que se agolpaban á su mente en tumultuaria confusion. Escudriñó el lejano horizonte; la alborada con su claridad crepuscular irradiaba perezosamente, disipando las nieblas de la naturaleza alestargada. Empezaba á amanecer.

Masas de armónica sonoridad, claras i enérgicas, traídas por las suaves i tibias brisas del trópico, semejantes á emanaciones misteriosas que se levantaban de los apiñados campamentos, sustrajeron á Díaz de su abstraccion. Eran los cantos guerreros que se entonaban al ritmo de las músicas de los regimientos del ejército en el cuartel jeneral del mariscal López.

Aquello era arrobador i transportaba en espíritu á los tiempos primitivos de los grandes pueblos dominadores: Grecia, Roma i

Cartago, i encendia en el corazon del ciudadano paraguayo las sagradas leyes del amor patrio.

El general Díaz repitió á media voz las siguientes estrofas que llegaban hasta él distintamente:

- «Paraguayos, república ó muerte!
- «Nuestro brío nos dió libertad;
- «Ni opresores, ni siervos alientan
- «Donde reinan union é igualdad.
-
- «Libertad i justicia defiende
- «Nuestra patria, tiranos oid!
- «De sus fueros la carta sagrada
- «Su heroismo sustenta en la lid:
- «Contra el mundo, si el mundo se opone,
- «Si intentara su prenda insultar,
- «Batallando vengarla sabrémos,
- «O abrazada con ella espirar!
-
- «Alza, ó pueblo, tu espada esplendente
- «Que fulmina destellos de Dios,
- «No hai mas medio que *libre ó esclavo*,
- «I un abismo divide á los dos.
- «En las auras el himno resuene,

«Repitiendo con eco triunfal:
«A los libres, perinclita gloria!
«A la patria, laurel inmortal!»

.....

*
* *

Recorrió Díaz la costa cinco cuadras al Norte; se desnudó i se tiró al río. Llegado al centro de la corriente, se dejó llevar por esta hasta aproximarse unos veinticinco metros al sitio donde supuso estuvo acampada la fantástica caravana. Mas nada—ningun vestigio indicaba el pasaje de tan fastuosa comitiva.

Un soldado paraguayo, que estaba de imaginaria allí cerca, le reconoció, se cuadró i le presentó el arma. Fué el único indicio de vida en esos solitarios i desiertos lugares.

El temerario vencedor de Curupaitic jiró

sobre su izquierda, sin descansar, i nadó vigorosamente regresando al punto de partida. Al pisar tierra, el sargento Cuti que le esperaba con una muda de ropa blanca, le alcanzó su rica manta *parahi* tejida de finísima seda del país, formando los colores nacionales, con la cual se envolvió

Cuando hubo concluido de vestirse, subió la barranca, dirijiéndose á su campamento. Muchos jefes i oficiales le esperaban en su tienda, cuyo perímetro apenas franqueó, resonaron entusiastas dianas, seguidas de vítores delirantes, que exhalaban al unísono los batallones de toda la division. Era la expresion sincera del sentimiento desbordante de la afectuosidad inmensa de la tropa hacia su jeneral, por quien, más que cariño, profesaba idolatría.

Recibió en seguida los partes oficiales, escuchó á los que tenian necesidad de hablarle, se informó de su correspondencia, impartió sus órdenes, distribuyó comisiones, i pasó al telégrafo i conversó largamente con el mariscal. Le anunció á López que esa mañana iba á practicar los últimos estudios so-

bre la corriente del río Paraguay i la posición de los acorazados; que mantenía seguridad completa del éxito de su magno proyecto, i que en consecuencia, los días de la escuadra i del ejército aliados estaban contados. Montó despues á caballo, visitó las trincheras, examinó i observó las nuevas obras de escavacion i parapetos en construccion; i á las ocho i minutos a. m. se sentaba con sus ayudantes delante de su frugal almuerzo, consistente en una tira de asado i algunas frutas.

A las nueve menos cuarto le anunció Cutí que la canoa estaba lista.

* * *

Díaz se embarcó con el personal de bogabantes i tres de sus ayudantes; el sargento Cutí gobernaba el timon. Remontó el río

unas veinte cuabras, i volvió de allí aguas abajo, siguiendo la corriente á son de camalote, i tomando anotaciones en su cartera.

Bastante cerca ya de los buques enemigos hizo detener la canoa, previniendo echaran ancla i preparasen las liñadas. Se habian aproximado en esta ocasion más que los días anteriores.

Desde dos meses atras acostumbraba el general Díaz practicar estas peligrosas escursiones, encubriendo cuidadosamente sus designios á los ojos de sus propios é íntimos amigos, con el verosímil pretesto de la pesca. Así, bajo este aparente é inofensivo pasatiempo, por el que demostraba decidida i creciente vocacion, habia conseguido hacer personalmente importantes i prolijos estudios de Humaitá á Curuzú.

No habrían transcurrido cinco minutos, cuando se vió que el acorazado inmediato se envolvía súbitamente en espesa humareda. Acababa de arrojar la bomba destinada á extinguir la preciosa vida del único verdadero héroe de la guerra de los seis años. (7)

(7) Véase «Monografías Históricas».

Dos de sus acompañantes quedaron muertos, el teniente Alvarez herido i la canoa despedazada. (8)

La primera amputacion de la pierna de Díaz resultó defectuosa, i fué preciso operarle segunda vez. Evidentemente Dios estaba contra la causa del mariscal López!

Su estado, á pesar de la rigurosa reserva del diagnóstico facultativo, era para los entendidos, desde el primer momento, gravísimo, á causa del exeso de sangre que perdió por la rotura de la arteria femoral. En una de esas noches febriles de incómoda i persistente vijilia, contrariando la prescripcion médica que, por su extrema debilidad, le prohibía hablar, refirió á los que velaban con él los melancólicos pasajes de su singular vision (9). Dijo que en los instantes que el sargento Cutí le arrastraba valientemente sobre

(8) Véase «Monografías».

(9) Mrs. Lynch tuvo conocimiento de este relato algun tiempo después, i se hizo repetir íntegramente á cada una de las personas que escucharon de los labios mismos del jeneral Díaz; tomando estensa i minuciosa anotacion en sus apuntes íntimos de la interesante i sugestiva relacion.

sus espaldas, con el muslo mutilado venciendo con brazos de hierro la fuerte corriente, al pasar por frente á aquellos ingratos sitios, se le representó en detalle la escena de la noche anterior.

La preocupacion constante que absorbía toda la atencion de Díaz, precipitando dolorosamente su desahuciada situacion, eran los preparativos de su proyecto i los intereses de sus soldados de Curupaitic, á quienes no olvidaba un momento. Diariamente impartía numerosos mandatos i escuchaba el relato de los trabajos de la víspera; para en seguida encomendar nuevas disposiciones, sin que hubiese forma, ni posibilidad de apartarlo de esta fatigosa i nociva tarea.

* *
*

El mariscal presidente deseaba vivamente conocer la opinion del ilustre enfermo sobre

varios jefes superiores caracterizados, que descollaban en primer plano, por diversas circunstancias en el ejército nacional, i que habían actuado en distintas acciones de guerra bajo sus inmediatas órdenes. Aprovechó á este objeto uno de los momentos de engañosa mejoría, para tener con él una conversación al respecto. Se pasó en revista las aptitudes personales i condiciones morales é intelectuales de los coroneles i comandantes Alem, Marcó, Róa, Aguiar, Caminos, Thompson, Valois Rivarola, Wisner, Montiel, Martínez, Gimenez, Gonzalez, Andres Maciel i capitanes Bado, Goiburú i Saguier.

Escuchó con este motivo López de boca de su más distinguido i competente jeneral, el juicio franco i verídico relativo á los servidores en quienes iba á depositar su confianza. (10)

Durante la última conferencia (11), momentos antes del desenlace fatal, hizo sacar el mariscal, con todo esmero, una fotografía de cuerpo entero, con sus condecoraciones puestas,

(10) En otra oportunidad harémos conocer esos juicios que revisten el mayor interés.

(11) Véase «Monografías».

en traje de gala del malogrado i llorado amigo. El *negativo* colocado en un marco de plata conservó siempre en su salita de estudio, en cariñoso i constante recuerdo del héroe de Curupaitic, el cual cayó en manos del jeneral i despues presidente Floriano Peixoto el 1.º de Marzo en Cerro-Corá, quien, con otros objetos históricos remitió al emperador D. Pedro II.



Los restos mortales del jeneral Diaz, encerrados en doble cajon, fueron transportados á media noche, á hombro, escoltados por una compañía del batallon núm. 40 i otra de la escolta presidencial, con los tambores enlutados. En la comitiva de honor representando al supremo gobierno, numerosa i selecta, formaban ministros, jenerales i princi-

pales ciudadanos en orden jerárquico. Al cruzar los fosos i trincheras de Humaitá se encendieron un centenar de hachones, i las bandas de música rompieron marchas fúnebres. El caballo de batalla, el lejendario alazan, iba tras del convoi conducido de las bridas. La bandera tricolor plegada i ceñida de crespones seguía cerca del féretro.

El movimiento era acompasado i lento. Una tristeza profunda reflejaban todos los semblantes. Muchos derramaban copiosas lágrimas. La ceremonia era doliente, solemne é imponente.

Por la hora i las circunstancias escepcionales en que ella tenía lugar, se asemejaba á las exequias de aquellos reyes conquistadores, nacidos i criados en medio de los campamentos, sobre los escudos de armas heredados de padres á hijos; para cuyas inhumaciones— que revestian los caracteres de un acontecimiento—se suspendía el curso de los ríos, ó se conducían sus fúnebres despojos por meses enteros entre manifestaciones i cánticos litúrgicos, á remotas ciudades destinadas á guardarlos.

En Humaitá se organizó otra guardia de honor, que custodió el ataúd del invicto militar, á bordo del vapor Olimpo, hasta la capital Paraguaya, á donde llegó á las seis de la mañana del 10 de febrero.

*
* *

A las tres de la tarde se efectuó el desembarco del cadáver de José Eduvigis Díaz, el mui amado, que fué trasladado á pulso con gran pompa religiosa á la catedral. Allí el vicario jeneral i clero reunido salieron á recibirlo, depositándolo en lujoso túmulo. Se cantó un responso de cuerpo presente, i terminado éste, se le colocó en magnífica carroza fúnebre que lo llevó á la Recoleta entre los sollozos i lamentos de la apenada concurrencia.

Antes de procederse al sepelio, el vice-

presidente en ejercicio, don Francisco Sanchez, pronunció una sentida oracion, poniendo en evidencia las altas virtudes, méritos i servicios del brillante soldado ciudadano que caía envuelto en la insignia de la patria, defendiendo la causa de la República en la desigual i cruenta guerra á que había sido arrastrada, sobre el campo del honor, en los albores de su primera juventud, i cuando más necesario se hacía el poderoso concurso de su pericia i pujante espada.

Terminó recomendando á la admiración de sus compatriotas la heredad fecunda i rica en abnegacion i sacrificios, dejada por el héroe martir, exhortándolos á imitarle.

Le siguieron en el uso de la palabra el ministro de relaciones exteriores i muchas otras elevadas personalidades i funcionarios públicos. Vamos á consignar á continuacion los principales discursos en el órden que se produjeron.



SEÑOR JOSÉ BERGES

«Señoras—Señores:

«La tienda del guerrero paraguayo, á semejanza de la del adalid troyano, permanece con las puertas rigurosamente cerradas. Los campos beligerantes están sumidos en hondo silencio. El tambor que anuncia el triunfo exelso sobre el campo de batalla, bate fúnebre compas.

«Un suceso funesto ha llenado de dolorosa costernacion al ejército, á los ciudadanos, al superior gobierno i al pueblo, esparciendo el luto i la tristeza de un confin al otro del territorio.

«El paladin de nuestra epopeya nacional ha sido derribado por bala enemiga, para no levantarse más.

«El invicto jeneral Díaz ha muerto!

«Vedlo—coronado de laureles i siemprevivas, inanimado i yerto! Ha penetrado en el panteon de la inmortalidad envuelto en la

bandera tricolor, que tantas veces su robusto brazo tremoló i condujo á la victoria.

»Ha caído en su puesto de honor en el vigor de su juventud, cuando contraído se dedicaba al servicio de la patria, i mayores esperanzas cifraba esta en su armipotente talento, su arrojo temerario, su entusiasmo ardiente i su fé inquebrantable; enmudeciendo de dolor á la república, como en otrora el joven i virtuoso pacificador de la Vendée, arrebatado prematuramente al cariño i la admiracion de la democracia francesa.

«Poseía el llorado soldado las aptitudes físicas de Paez; el sentimiento patriótico de Ricaurte, el valor intrépido de Córdoba i la sobriedad, lealtad i singulares prendas de un héroe de la antigüedad.

«La naturaleza había sido pródiga con él. A una hermosura varonil i la admirable perfeccion de formas, reunía condiciones raras, intelectuales i morales, carácter levantado, corazon magnánimo i alma jenerosa.

«Si en los tiempos dichosos de la estética i del sublime arte, el jeneral Díaz se hubiera presentado en el istmo de Corinto á dis-

putar el premio sobre el cespéd sagrado de los juegos Némeos ó Píticos, habría hecho ventajosa concurrencia á la juventud griega en el manejo del disco i del cesto, las carreras á pie, las luchas romanas, los concursos hípicos, naumaquías i los asaltos de sable i espada. I cuando al caer la tarde, en el último día de aquellas festividades dedicadas á la belleza plástica de una civilización superior—cuando se hubiesen congregado en las gradas de mármol del Pentélico, bajo el pórtico de Herodes Atico—antes de tomar asiento en el suntuoso festín de clausura, en el santuario de Olimpia adornada de estatuas, obras admirables de Fidias i Praxíteles—hubiera seguramente recibido el ramo de laurel de Apolo, supremo premio acordado á los afortunados vencedores, de manos de resplandeciente i púdica virgen vestida de blanco peplo i coronada de azahares.

«El héroe del 2 de Mayo, Tuyutic i Sauce ha desaparecido de la manera gloriosa que suelen rendir su vida los apóstoles armados de una causa épica; dejándonos el culto de su nombre—símbolo del más alto i puro pa-

triotismo—que el reconocimiento nacional i la gratitud popular lo mantendrá perenne, mientras la antorcha de la fama ilumine su recuerdo, i transmita á la posteridad remota sus grandes hechos de armas.

«Vendrá un tiempo no lejano, en que aplacadas ya las pasiones contemporáneas, el juicio imparcial de la historia de nuestras guerras internacionales ponga de manifiesto ante el mundo la inmensa victoria de Curupaític i, entonces, la crítica serena i científica la aquilatará en su debido prestigio, irradiándola en amplios resplandores, como un hecho único i sin precedente.

«La breve pero vivida carrera militar del jeneral Díaz deja un surco luminoso en los anales humanos, i constituye el pedestal inmutable de su inmortalidad.

«Llor eterno al valiente soldado que ha muerto heroicamente, defendiendo los sacrosantos derechos de la patria.»

*
* *

PRESBITERO POLICARPO VALDOVINOS

«Señores:

«Aquí teneis al valiente guerrero, pagando el tributo rigurosamente impuesto á la mísera humanidad.

«Contempladlo!

«Este es el magnánimo defensor de los sagrados derechos de la patria, cuyas hazañas admirabais con encanto i cuyo nombre repetiais con entusiasmo.

«El jeneral Díaz, valiente en su persona, esforzado en su corazon, intrépido en sus actos, pronto en sus disposiciones, humanitario para con sus soldados quienes le ídolatraban, é indulgente i jeneroso con sus mismos enemigos; pero sin manchar la honra de su patria, ni defraudar la confianza de su superior, ha sabido inspirar á sus compañeros de armas en los campos de batalla ese varonil ánimo, que tanto distinguió al esclarecido guerrero.

«¡Oh! ¿á los ojos de quién no se asoma una lágrima, al contemplar estos restos venerandos, que llevan en sí la prueba más elocuente de su exaltado é inestinguible amor á la patria?

«Sí, ilustre víctima, el capellan que un día á vuestro lado se sintió electrizado por vuestro valor i decision en los memorables muros de Curupaifíc, en donde habeis legado á la patria un glorioso dia de recuerdos inmortales, hoi contemplandoos en la última morada de los humanos, deposita sobre vuestra tumba una lágrima de dolor.

«Vuestra pérdida es irreparable, i sólo nos consuelan vuestros grandes hechos, pues habeis inscrito vuestro nombre en todos los corazones de vuestros conciudadanos.

«Dios premiará vuestras virtudes i os dará un lugar preferente en la mansion de los justos, porque habeis llenado el sagrado testamento de nuestros ilustres padres, contandoos entre los mártires de la patria, antes que ver su ignominia i esclavitud; cumpliendo de este modo los deberes de un buen cristiano i celoso ciudadano, que serán los

títulos más preciosos que formarán el eterno monumento de vuestra gloria.

«Mis humildes pero fervientes plegarias os acompañarán siempre, porque vuestra alma grande encuentre pronto descanso en la eternidad; i el pueblo á quien habeis dejado ese ejemplo de abnegacion i patriotismo, dispuesto á vengar vuestra sangre, pedirá con religioso recojimiento al justo premiador de los hombres, que eternamente descanséis en paz».

* *
*

CORONEL VENANCIO LÓPEZ

«Compatriotas:

«En este momento depositamos los restos mortales del benemérito brigadier Díaz.

«La muerte lo ha separado de entre no-

sotros, pero la fama i el nombre que ha conquistado con sus eminentes servicios á la patria en la presente guerra, nace con gloria en los fastos guerreros de la república. Su valor i arrojo militar, su abnegacion i patriotismo dejan un ejemplo digno de imitar á sus compañeros de armas.

«He sido, señores, testigo en el ejército de ese valor heroico i laboriosidad del denodado jeneral Díaz, que hizo brillar las armas nacionales, i pasear triunfante el hermoso tricolor sobre los campos de batalla, venciendo tantas veces al enemigo, i especialmente en las memorables batallas del 2 i 24 de Mayo, 18 de Julio i 22 de Setiembre.

«La tierra le sea leve, i el cielo premie las virtudes del distinguido militar á quien damos el último adíos.»

SARJENTO-MAYOR JUAN GOMEZ (JEFE DE PLAZA)

«Señores:

«Hemos perdido al denodado guerrero, el ilustre general Díaz, cuya figura aterrorizaba á los enemigos, porque sabian que doquiera apareciese, el triunfo le acompañaba, i un nuevo escarmiento les deparaba su irresistible espada. Héroe de casi todas las brillantes acciones que se han librado en la presente guerra, sobresalía como jefe de valor i de mando, i fué el que más terribles descalabros ocasionó al invasor.

«Joven, elevado por sus virtudes militares i sus méritos personales á los primeros puestos, digno jefe de los abnegados soldados del ejército, tiene conquistada inmensa gloria, i en todo tiempo será el modelo distinguido i de honor de la milicia nacional.

«Se había levantado con el más acrisolado patriotismo i decision en los momentos en que mayor necesidad tenía la patria de bravos é intelijentes defensores.

«El noble campeón no solo se conquistó el aprecio i estimacion de sus conciudadanos sino tambien la admiracion de los mismos enemigos.

«Nadie puede dejar de envidiar la brillante carrera del joven general, altamente esclarecida, con recuerdos imperecederos para su patria, á la vez que modelo de virtudes para sus conciudadanos.

«¡Qué magnífico ejemplo nos ha dejado el valiente guerrero á los que abrazamos la noble profesion de las armas! ¡Ojalá que todos imitásemos sus admirables virtudes!

«Adiós, esclarecido jeneral, sentimos vuestra pérdida, pero envidiamos vuestra suerte. ¡Cuántos suspiramos por esa corona inmortal, que habeis arrancado con vuestro valor en el campo del honor! Habeis cumplido con vuestro deber, i llevais á la tumba una conciencia tranquila, dejando con vuestras operaciones un pomposo epitafio á vuestra memoria.

«¡Adiós, martir de la patria! Recibid la gratitud de vuestros conciudadanos que os admiran, i vivid en la memoria de la posteridad

por siempre, como vivireis en Dios en la mansion eterna de los justos.»

*
* *

CAPITAN P. SANABRIA

«Señores:

«Tributamos los últimos honores al distinguido jeneral Díaz, cuya alma recta i valerosa se eleva á los pies del trono del Todopoderoso.

«Sus frías cenizas, el recuerdo de sus virtudes militares, su constancia i abnegacion, su amor acrizolado á la patria i al digno magistrado de la nacion, su honrosa carrera, su fin glorioso, deja recuerdos imperecederos dignos de ser imitados por todos los que seguimos la noble carrera de las armas.

«Seguir las huellas de este ilustre guerre-

ro es nuestro deber, así como inspirarnos en su acendrado patriotismo, su amor i obediencia al invencible campeón de la libertad de un continente, el heroico majistrado defensor de la independendencia nacional.

«Adiós para siempre, mi querido jeneral. Id á recibir el premio de vuestras virtudes, i rogad al Dios de los ejércitos por la prosperidad i ventura de nuestra amada patria, en cuyas aras pagais el justo tributo que impone la providencia á sus criaturas.

«Adiós para siempre. ¡Que la tierra os sea leve!»

*
**

TENIENTE CORONEL DIONISIO LIRIO

«Señoras y señores:

«Así como amanecen días tranquilos i serenos, donde un sol límpido i despejado simboliza

la alegría i el contento, existen días nebulosos i tristes, en los que el firmamento, cubierto de ceniciento velo, pareciera que quisiese anunciar que tambien hai momentos aciagos para los valientes guerreros, cuando menos lo piensan. Esto ha sucedido con nuestro ilustre i valiente brigadier Don José Díaz, quien tantas i tantas veces ha sabido afrontar los riesgos de la guerra, hasta el punto de aterrorizar á la enemiga Triple-Alianza. Mas la parca con su brazo impío nos lo ha arrebatado.

«La pérdida de hombres como el que deploramos, es sensible; pero al mismo tiempo debemos enorgullecernos, al ver que hechos de guerra, tales como los que cuenta el denodado brigadier Díaz, engrandecen la historia militar de la nacion paraguaya, gracias á las sabias disposiciones del eminente mariscal López que, con acierto i tino, ha inculcado en el corazon de sus conciudadanos un amor acendrado á la patria i á la religion.

«Adíos, mi jeneral, orgullo del ejército i nacion paraguaya; que vuestra alma magnánima goce de los bienes que Dios concede en la mansion de los justos, á los que como vos

han sabido llenar la mision que todo ciudadano tiene en la tierra que le vió nacer.»

*
* *

SEÑOR JOSÉ FALCÓN

«Señores:

«Benemérito jeneral Díaz— despues que habíamos abrigado una lisonjera i consoladora esperanza, de que tu herida recibida en el campo del honor, no nos privaría de tu cara existencia, hoi tenemos el pesar de contemplar solo tus restos mortales entre nosotros. ¡Triste ilusion! El jeneral Díaz, á la verdad, ha sabido granjearse la estimacion de sus ciudadanos, el aprecio íntimo de sus soldados i la confianza del jefe supremo de la nacion, de quien ha recibido altas consideraciones;

ha tenido el don de la inteligencia militar, i el arte de persuadir con dulzura en sus raciocinios, tanto en su vida privada como pública. En uno ú otro caso era casi imposible, después de haberle oído, no quedar prendado de su amabilidad, cariño i demás prendas personales que adornaban á este ilustre guerrero; estimado de todos, rindió su vida defendiendo la libertad de su patria.

«¡Oh muerte cruel! ¡Oh parca inexorable que has cortado el hilo vital del distinguido guerrero sud-americano, que con sólo su presencia aterraba á las huestes enemigas, despreciando sus mortíferos proyectiles con su heroico valor! Tu temprana muerte, ¡oh malogrado jeneral Díaz! nos trae hoi en torno del féretro á contemplar con ternura tu sentida pérdida, i con orgullo tus proezas i méritos. Has recojido en los combates, con tu invencible espada, honor i mérito para tu ilustre nombre i glorias i coronas inmarcesibles para tu país.

«El epitafio que se gravará en el frío mármol de tu honroso sepulcro, serán las principales victorias que con tu intrepidez i herois-

mo has alcanzado á tu querida patria: tales como las del 2 y 24 de Mayo, 18 de Julio i 22 de Setiembre; recuerdos gloriosos que con tu nombre ilustre las jeneraciones presentes i venideras bendecirán. La historia paraguaya registrará orgullosa en sus anales con caracteres imperecederos, la memoria de tu pericia militar i méritos personales que te hicieron acreedor á la elevada dignidad i honores bien merecidos; para ir ahora á recibir el premio i galardón de tantas virtudes, que como defensor heroico de la justicia de nuestra causa, has peleado hasta rendir tu vida por ella, por esta patria que te ha sustentado en su seno para su defensa.

«El padre de las luces reciba propicio tu espíritu en esas mansiones de los justos, para ser retribuidas tus virtudes, con la gloria que tiene preparada á sus mártires.

«Recibid pues, ilustre brigadier jeneral Díaz, estos últimos conceptos, como un tributo de reconocimiento, gratitud i admiracion de tus proezas, que la sensibilidad de tus amigos i conciudadanos os dedica i dirige en esta cátedra lúgubre de vuestro féretro. Nuestros bra-

vos guerreros, tus compañeros de armas i fatigas en los campos del honor, se acercarán siempre á este glorioso sepulcro á recibir inspiraciones de valor, mientras que nosotros, elevando nuestras tiernas plegarias al cielo, no cesaremos de clamar por tu feliz i eterno descanso.»



SEÑOR VICENTE URDAPILLETA (12)

«Señores:

«Impertérrito, activo, audaz, valiente jeneral Díaz, apoyo fuiste en tu precipitada vida de glorias, de la causa de la libertad paraguaya; el patriotismo y el honor te condujeron joven

(12) Padre del doctor José Vicente Urdapilleta, argentino i ex presidente de la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires.

al templo de Marte, que en valor i en pericia del arte á cien guerreros venciste.

«De ciprez, de laurel i azucenas, Belona te adornará una guirnalda propia de un guerrero que bizarro muriendo alcanzó; i tu nombre corriendo el espacio, á remotas jeneraciones legará la fama de tu gloria inmortal.

«Tus restos mortales, en este momento, se hallan rodeados de los próceres i pueblo de tu patria, de los próceres y pueblo sois llorado.

«¡Benigno Dios, eternizad el ejemplo á que se consagró su brazo, que en la gloriosa guerra jamás fué vencido; llore su ausencia su adorada patria!

«Mil guerreros que contigo estudiaron el arte militar, bajo la direccion del jenio que te inspiró, aplacarán tu inocente sombra, vengando tu muerte. No permitirán que tu sepulcro sea profanado por la planta impura de los caribes de América.

«¡Sombra gloriosa del jeneral Díaz, recibe este humilde homenaje de la piedad i admiracion del cuerpo civil de tu patria; la mano sanguinaria de los tiranos te arrancó alevo-

samente tu existencia consagrada ahora poco á la defensa de la república, i hoy dedicada á los afectos dulces de la amistad i del amor filial de esta patria, por quien tantos sacrificios hicisteis!

«Tu cabeza ha sido coronada ya, con la palma brillante del martirio, i la república á cuyo altar te inmoló la tiranía, ha derramado mil lágrimas sobre tu tumba ennoblecida.

«Tu nombre ilustre ha sido registrado en el sagrado libro de los mártires de la libertad paraguaya, i los tiranos á quienes batiste i humillaste en la gloriosa lid, no podrán arrebatarte esta gloria inmortal.»

*
* *

SEÑOR BENIGNO LÓPEZ

«Señores:

«Yo no vengo á enumerar en elocuentes i sentidas palabras los méritos de aquel, cu-

yos restos mortales encierra este féretro; vengo á rendir homenaje á la memoria de un esclarecido i pundonoroso guerrero, que ha caído con gloria en su puesto de honor i confianza, defendiendo los sagrados derechos de la patria. Verdes laureles ha recojido en memorables batallas, para coronar la augusta sien de la patria, i sus glorias se enaltecen con el martirio, cuya aureola brilla sobre su inanimada frente, que ayer no más reposaba tranquila sobre su marcial continente i con sereno aspecto, en medio del mortífero estruendo de las armas, trazaba con mano firme las huellas de la victoria á sus soldados.

«Vencedor de inmortales jornadas! dormid tranquilo el sueño de la vida: vuestros conciudadanos transmitirán á la más remota posteridad el noble ejemplo de vuestra abnegación, valor i patriotismo que vivirán siempre en la memoria de todos.

«Los ejércitos de la república sufren, con vuestra temprana muerte, una pérdida sensible; la patria, uno de sus más decididos defensores—el gobierno, un leal servidor i un distinguido ciudadano. Todos interesados en

el triunfo de la santa causa de libertad i justicia, que sostiene el país, deploramos la pérdida de este valiente, cuyos restos mortales venimos á depositar en su última morada.

«La sagrada ceremonia que presenciamos, las fervorosas plegarias que se elevan al altísimo por sus ministros, en union de un pueblo entero, pidiendo eterno descanso al Dios de las misericordias, para el alma del que se separó para siempre de la vida, i el pomposo cortejo fúnebre, significan que la pálida muerte ha hecho una víctima ilustre, á quien la patria agradecida tributa honores; i el jefe supremo de la nacion, justo apreciador de los méritos i virtudes que adornaban al benemérito guerrero, dedica este monumento que recuerde á sus conciudadanos i á las generaciones venideras su justicia i gratitud.

«Jeneral Díaz! soldado esforzado de la lei, desapareceis del mundo con la gloria que solo se conquista con profunda fé i recta conciencia, esa conciencia, donde se temple el verdadero valor que dá luz al espíritu humano i fuerzas para consumir los grandes sacrificios.

«Id, ilustre mártir de la patria, á recibir el premio de vuestras virtudes al pie del trono del ser de los seres. ¡Que la tierra os sea level!»



SEÑOR SATURNINO BEDOYA

«Señores:

«El militar que ha vertido su sangre en aras de la patria, sosteniendo el honor i la dignidad de su gobierno, cumple con uno de los deberes más sagrados del ciudadano i la muerte, que inesperadamente le separa del lado de sus compañeros de armas, es el más alto galardón que recibirá en premio de su valor i denuedo.

«El intrépido i valiente jeneral Díaz, despues de haber defendido los derechos de la

patria, sosteniendo el brillo i el honor de sus armas en numerosas i sangrientas acciones, en que han sido escarmentadas tantas veces las lejonas invasoras, ha caido gloriosamente, coronando con su muerte su brillante i rápida carrera; i dando así á las tropas de su mando i á todos sus compañeros de armas, un digno ejemplo de valor i heroismo.

«El jeneral Díaz, como ciudadano i como militar, ha dado pruebas luminosas de virtudes que el jefe supremo de la república supo apreciar, acordándole el rango militar que ha investido i desempeñado con honor i dignidad.

«Buen soldado, exelente oficial, distinguido jefe é intelijente i denodado jeneral, nos deja, para ocupar desde hoi las brillantes pájinas de la historia.

«Que el Dios de los ejércitos dé á su alma el lugar de los escojidos, es nuestra humilde plegaria ante el trono del Omnipotente.»

CAPITAN DE NAVÍO FRANCISCO BAREIRO

«Señores:

«La patria agradecida, acaba de tributar el testimonio de su gratitud al guerrero que ha caído con honor al pie de su glorioso pendón, i nosotros acompañamos á su última morada los restos mortales del pundonoroso i esforzado militar; i al decirle adiós para siempre, justo es recordar sus relevantes virtudes para implorar la piedad divina, á fin de que su alma recta llegue al pie del trono del señor.

«El bizarro jeneral Díaz ha caído gloriosamente, herido por el hierro arrojado por los que nunca han conseguido hacer desmayar su valor, templado por el fuego sagrado de la patria.

«Dios mío! estos restos inanimados son los del vencedor del 2 i 24 de Mayo, 18 de Julio i 22 de Setiembre, son los de aquel que llenó de terror i espanto á las hordas inva-

soras, á quienes mil veces hizo morder el polvo de la más vergonzosa derrota.

«Su lealtad, su valor, su amor á la patria i al supremo gobierno, son los títulos que le han conquistado la estimacion de sus superiores i el respeto de sus conciudadanos. Corta fué su vida, pero llena de glorias. Muere para nosotros, pero nace para la inmortalidad. Abierto está el libro en que será registrado en honorables pájinas su nombre, que vá estrechamente enlazado con las glorias patrias.

«Este joven guerrero es el que ha sostenido con tanta gloria, i paseado triunfante los hermosos colores de la patria, que lleva el lema de *paz i justicia*. El país pierde en el jeneral Díaz uno de sus mas esforzados jenerales, i el gobierno un ciudadano i un militar recomendables por sus bellas cualidades.

«Los militares nos enorgullecemos de la brillante figura que acaba de sucumbir en su puesto de honor, i al tributarle los últimos

honores, pedimos al Dios de las misericordias eterno descanso á su alma.»



SEÑOR MIGUEL HAEDO

«Señores:

«El valiente guerrero que en los campos de batalla hacía brillar su invencible espada, i electrizar los ánimos de sus soldados, acaba de sellar con una muerte gloriosa su patriotismo, coraje i virtudes militares.

«Testigo he sido de la bravura del ilustre jeneral Díaz en los campos de batalla i combates, i lo he sido tambien de otros hechos que revelan su corazon magnánimo.

«Murió en defensa de la patria, i nos deja ejemplos dignos de imitarse.

«Hagamos votos porque nosotros merezcamos también la gloria de morir por la patria, después de cumplir debidamente nuestros deberes, i de corresponder á la confianza que ha depositado en nosotros el gran americano, el invicto mariscal López, terror de la Triple Alianza, de un imperio i dos repúblicas, que quieren esclavizar nuestra patria querida. Pero nó, señores, tal cosa no ha de suceder. Con esta víctima ilustre del jeneral Díaz, tenemos un compromiso más de vengar la ofensa que nos hacen esos cobardes enemigos, que pronto serán esterminados por la espada de fuego del gran López i sus valientes soldados entre los que tenemos la honra de contarnos.»



SEÑOR GUMESINDO BENITES

«Señores:

«Una de las importantes figuras militares de Sud-América, acaba de desaparecer en la lucha gigantesca que sostiene la república en defensa de la causa americana, agredida por el imperio del Brasil y sus aliados.

«Sí, señores, el denodado jeneral Díaz era ya ventajosamente conocido más allá de los mares, por sus brillantes hechos en los combates más formidables que ha visto la América del Sud.

«Ahí están las memorables jornadas del 2 i 24 de Mayo, 18 de Julio i 22 de Setiembre, que han enaltecido la fama de aquel guerrero.

«Respetado siempre por las balas en los combates, parece que su pensamiento dominante era buscar la gloria de rendir su preciosa vida en holocausto de la patria.

«Joven, inteligente é inspirado en el edifi-
can-

te ejemplo de virtudes cívicas i militares del fundador del ejército nacional i su jeneral en jefe, ha conquistado amor i simpatías entre sus conciudadanos, i su nombre fué respetado de los mismos enemigos. Su memoria vivirá eternamente en nuestros corazones. Su nombre ilustre está inscrito en el gran libro de la patria, i la historia ávida le abre sus doradas páginas.

«Feliz el ciudadano que, como el jeneral Díaz, ha exhalado el último suspiro como leal i buen patriota, llevando en pos de sí á la tumba glorias imperecederas.

«Jeneral Díaz! habeis pasado á la eternidad; pero vuestro nombre será inmortal, pues ocupa ya el templo de la inmortalidad.

«Vos que habeis demostrado tan patéticamente los nobles sentimientos que animan vuestra alma jenerosa, descansad en paz. La república entera sentirá vuestra temprana muerte, pero con orgullo contará vuestras proezas, rindiendo el merecido tributo de gratitud á vuestros méritos especiales.

«Imitemos, señores, el noble ejemplo que nos ofrece en los momentos solemnes de la

república el joven jeneral, cuyos restos mortales venimos á depositar en la última morada de los hombres. Fué incansable en el desempeño de sus deberes, i ha sellado con su sangre y su honrosa muerte el testamento de nuestros mayores, que nos dieron patria i libertad.

« ¡Honor i gloria al malogrado jeneral Díaz! »

*
* *

SEÑOR BERNARDO ORTELLADO

« Señores;

« El valiente y denodado soldado de la libertad, el impertérrito joven jeneral Díaz, ha dejado de existir. Lo deploramos profundamente! Pero él vive i vivirá eternamente

en las hazañas i espléndidos triunfos que ha adquirido en el campo del honor, con que deja enriquecidas las doradas páginas de la historia guerrera de la nacion. Sus compatriotas recordarán siempre su nombre con la más profunda gratitud i justa admiracion.

«Su relevante mérito personal, su acrisolado patriotismo i bizarro i aventajado comportamiento militar, que más le distinguia, los publicarán eternamente sus conciudadanos con orgullo i ufanía, como heroicos ejemplos que imitar, i virtudes que enseñan la gloriosa senda que seguir sus compañeros de armas, para adquirir como él, el renombre de valientes i acérrimos como virtuosos i distinguidos defensores de los sacrosantos derechos de nuestra querida patria.

«Que la divina providencia le depare un lugar distinguido en la mansion de los justos á tan benemérito hijo de la patria.»

SEÑOR MANUEL ESPINDOLA

«Señores:

«La parca inexorable acaba de arrebatarnos de nuestro patrio suelo un virtuoso como valiente conciudadano, un ilustre é intrépido jefe, que casi en todos los más notables combates que se han librado contra los pérfidos enemigos de nuestra libertad, ha conquistado victoriosamente, bajo los auspicios de S. E. el señor mariscal López, laureles inmarcesibles en el campo del honor; hablo pues, señores, de nuestro querido jeneral Díaz, á cuyos manes, bueno es que la amistad rinda su tributo, no menos que nuestro agradecimiento é eterna gratitud.

«Rodeemos pues, compatriotas, el venerando cadáver de este héroe, cuya memoria é virtudes singulares enriquecerán eternamente con caracteres de oro, las páginas del gran libro de la patria, que serán registradas con orgullo é ufania por las jeneraciones venideras.

«Echemos en fin sobre su tumba hermosas guirnaldas, en señal de nuestro agradecimiento i cariño, antes de ser conducido á la última morada de los mortales; i llevemos cada uno grabado en nuestros corazones el valor, abnegacion i patriotismo de ese admirable guerrero, que fué herido i muerto en defensa de nuestra amada patria—cuya alma ha volado ya á la morada de los justos á recibir el galardón que le era debido—i su nombre i vida ejemplar quedan hoí imperecederos para en lo presente i porvenir.»

*
* *

DOCTOR TRISTAN ROCA

«Permitidme, señores, que os detenga un momento más en esta pompa fúnebre, para mezclar mi voz entre las lágrimas i los hon-

dos sollozos que produce la presencia de este funesto ataud, donde están depositados los restos de un esclarecido campeón.

«No conocí personalmente al jeneral Díaz, pero su nombre, sus hechos culminantes, sus gloriosas proezas i sus virtudes cívicas, no me son estrañas. Las grandes acciones i los varones ilustres son bendecidos por todos, i su memoria se trasmite á remotas rejiones, pasando de posteridad en posteridad.

«Con grato placer recordamos las virtudes de Trajano, nos inspira valor la abnegacion de Leonidas, i admiramos las hazañas del águila encerrada en las desiertas rocas de Santa Elena. El jeneral Díaz, el joven i bizarro guerrero del Paraguay, ha exitado mis simpatias, desde que conocí la historia bélica de esta valerosa república. Soi americano, la causa que defiende el Paraguay es la de todos los hijos del mundo de Colon. Por ella ha muerto este malogrado guerrero, i con mi enlutado acento, vengo á saludar las reliquias de un valiente al pie de su túmulo mortuorio.

«Después de dos años de cruentos sacrifi-

cios; después de dos años de infatigable campaña; después de ochenta i una batallas campales, i cuando el Paraguay levantaba triunfante su altiva cerviz, para recibir las coronas que la civilizacion le había preparado, cae, señores, bajo el hacha de la muerte uno de los jenerales más distinguidos, cuyo denuedo y bravura hacía temblar á las huestes invasoras. Su brazo estrenuo i robusto era el ariete pavoroso de la cobarde Alianza. Fué formado bajo la direccion del hábil guerrero el excelentísimo mariscal López; i sus ascensos los obtuvo entre el humo de las batallas, i sobre las cureñas del cañon vencedor. Joven aun, llegó al alto rango de jeneral, abriéndose campo por entre un ejército de héroes. Se levantó como el pujante cedro de las montañas, para mostrar al mundo su atlética figura, i legar á sus conciudadanos y compañeros de armas el ejemplo de sus virtudes. I vosotros hijos de esta patria invencible, seguid, pues, la senda gloriosa que el jeneral Díaz abrió con su aterrante acero al lado del ínclito mariscal López.

«Esa vida respetada en el fragor de los com-

bates, brilló como el fugaz meteoro, para caer al golpe aventurado de una bomba, arrojada cobardemente de oculta i retirada distancia. El jeneral Díaz murió con honor en defensa de su bandera. Dichoso él, que ha derramado su sangre por la independencia i libertad, legando su nombre al martirolojio americano. Dichoso! sí; porque voló á la morada del ángel, á respirar auras divinas, i á pedir al Dios que preside los combates por su adorada patria.

«Antes de separarme de este lugar de llanto, quisiera depositar, señores, sobre este negro i lúgubre ataud una corona triunfal, como la ofrenda enviada por mi patria al gallardo defensor de sus derechos; pero ya que no me es posible satisfacer este deseo, me cumple siquiera la honra de dirigir la palabra, expresando mi dolor i acompañando á los ilustres hijos del Paraguay en su acerbo dolor.

«Adiós, bizarro adalid. Adiós joven jeneral! Vuestro nombre queda grabado en los corazones republicanos, i la mano de los libres constantemente sacudirá el polvo y arran-

cará el musgo que el tiempo deposite en los dinteles de vuestro sepulcro.»

El martes 12 de Febrero, se celebraron suntuosos funerales en la iglesia catedral, en sufragio del llorado caudillo, á los que concurrieron todas las autoridades civiles i militares de la capital, cuerpo diplomático i consular, el alto comercio y distinguidas damas.

Dos batallones de infantería, la compañía del 40, un regimiento de caballería i otro de artillería rindieron durante la ceremonia los honores de ordenanza. El canónigo Roman subió á la cátedra sagrada, i en elocuente i estenso panejirico historió la brillante foja de servicios, enalteciendo los eminentes méritos del ilustre extinto.

Vamos á terminar, consignando la declaracion sincera de que no cabe en nuestro objetivo investigar si la plataforma del Estero-Bellaco, Sauce ó Curupaitic se halla á la altura del nivel histórico de la de Ayacucho, Iorktown, Valmy, Jemmapes ó Montenotte, donde se debatieron la independencia, la democracia y la libertad. Nos basta conocer, que sobre los charcos y sábanas de Ñeembucú, tintos en sangre humana, flotó un ideal de patriotismo jeneroso i grande, sostenido con el alma i la vida de una nacion entera, que pensaba i se desarrollaba en el ambiente de la civilizacion cristiana; nos basta saber que esa lucha encarnizada, mortal, duró seis años, i que fué formidable, como nunca se había visto; que perecieron por el hierro, el plomo i el hambre, las tres cuartas partes de su poblacion, i que los ciudadanos de esa patria sacrificaron todo: familia, hogar, afeciones, fortuna, en defensa de su causa—para considerar al vencedor de Curupaitic una personalidad con mérito real á exhibirse sobre el tumultuoso escenario del presente siglo, é inscribir su nombre al lado de los héroes de verdad en la epopeya del mundo.

¿Que el sentimiento nacional del Paraguay estaba equivocado? ¿Que era un pueblo fanatizado?

Nada nos importa. Por el contrario—más grande se nos presenta entonces su gigantesco pasado, con sus sombras, sus yerros i oscuridades!!

«A despecho de sus preocupaciones, dice «Taine, los hombres tienen en tanta estima «los sentimientos nobles, que el orbe entero «recuerda á los trescientos espartanos que «perecieron, por obedecer las sagradas leyes «de su patria. La grandeza de una causa i «no sus medios, es lo que conduce á la verdadera celebridad. El honor ha formado en «todos los tiempos la parte más sólida de la «gloria.»

¡Felices, pues, los pueblos viriles que aun en el extravío, son capaces de defender con vibrante enerjía, hasta el martirolojio, los principios que encarnan sus santas aspiraciones!

Asuncion, Octubre de 1896.

FIN

INDICE

	PÁG.
Esplicacion	5
Dedicatoria.....	7
Conferencia del mariscal López sobre el sentimiento de la patria.....	14
Llegada del jeneral Diaz.....	16
Vision de Escipion.....	19
Cartago entregado á las llamas.....	23
Plan del jeneral Diaz para incendiar la escuadra enemiga.....	24
Exposicion del mismo.....	28
Su orijinalidad é importancia.....	31
La noche del 26 de Enero—Batalla del Guadalete....	35
Combate singular entre Tarik i el rei Rodrigo....	39
Presentimientos sombríos.....	41
Diaz i el ejército paraguayo velan día i noche.....	44
Bombardeo nocturno—Reflexiones medioevales....	46
El jeneral Nicéforo Phocas.....	48
La gran expedicion.....	51
Bizancio	55
Sueño del jeneral Diaz.....	57
La valkiria—Oloto.....	60
Los eddas.....	63
Estadística—El valor es la más preciosa calidad del hombre.....	67
El Aguilá del Epiro.....	70
El emperador Trajano.....	72
Julio César.....	75

	PÁG.
Soliman el magnífico.....	77
Anibal Barca.....	80
Los Alpes—Cannas.....	84
El primer Africano.....	87
Partida de la flota de Escipión.....	89
El senado cartaginés resuelve llamar á Anibal.....	91
Contrariedades i decepcion de Anibal.....	94
Entrevista de Anibal con Escipión—Paralelo.....	98
Alta elocuencia.....	104
Roma.....	110
<i>Aut nihil aut omnia</i>	120
Anibal Barca es el mayor Capitan de la historia.....	124
El horóscopo de Díaz.....	126
Díaz en su tienda.....	129
La última recorrida—Cutí—Dios estaba contra la causa del mariscal López.....	131
Penúltima conferencia del dictador con su favorito y amigo.....	134
Los restos mortales del vencedor de Curupaitic.....	136
El sepelio.....	138
Discurso del ministro de relaciones esteriore.....	140
Id id capellan Policarpo Valdovinos.....	144
Id id coronel Venancio López.....	146
Id id sarjento-mayor Juan Gomez.....	148
Id id capitan P. Sanabria.....	150
Id id teniente-coronel Dionisio Lirio.....	151
Id id ex-ministro de R. E. José Falcon.....	153
Id id señor Vicente Urdapilleta.....	156
Id id señor Saturnino Bedoya.....	161
Id id capitan de navio Francisco Bareiro...	163
Id id señor Miguel Haedo.....	165
Id id id Gumensido Benitez.....	167
Id id id Bernardo Ortellado.....	169
Id id id Manuel Espindola.....	171
Id id doctor Tristan Roca ex-ministro pleni- potenciario boliviano.....	172
Honras fúnebres y militares.....	176
Conclusion.....	177

ERRATAS NOTABLES

Página	Línea	Donde dice	Léase
17	4	kepi	kepis
35	20 i 21	cerebracion espon- tánea	<i>cerebración espon- tánea</i>
43	2 i 3	entregados en pro- piedad	distribuidos en pro- piedad
idem	4	para ser distribuidos	para ser remitidos
73	23	i con ellas	i con ellos
98	15	No no se trataba	No se trataba
112	15	se vengó de él,	se vengó de él des- pués de muerto,
121	19	el cultivo de las cien- cias	al cultivo de las cien- cias
143	2	lo mantendrá	lo mantendrán